

N: 85.

VERBUM

REVISTA DEL CENTRO DE ESTUDIANTES DE FILOSOFIA Y LETRAS

DESPLEGADO

Precio \$ 1,50 el ejemplar



CENTRO DE ESTUDIANTES DE FILOSOFIA Y LETRAS

VERBUM

DIRECTOR

ROMEO PAPPOLLA

SEC. DE REDACCIÓN

CARLOS F. LANGLOIS

ADMINISTRADOR

ANTONIO YEPES

Año XXVII - N.º 85 - Mayo de 1954

DESPLGADO

VIAMONTE 430

BUENOS AIRES

REFLEXIONES EN TORNO A LA CRISIS POLÍTICA DE 1811

Por RICARDO LEVENE

El año 1810 es el de la grandeza de la Revolución de Mayo desde sus pasos iniciales hasta sus últimas y victoriosas manifestaciones militares y políticas.

Aparte su brillante exteriorización, el movimiento liberador consumó con rapidez y eficacia el hecho trascendental de nuestra historia.

El año 1811 es de distinta naturaleza. No es el de la decadencia de la Revolución de Mayo, pero sí el de su crisis.

Se presentaba un año económico promisor. "Abundante y pingüe" era la cosecha, expuesta a perderse por falta de brazos. Se mandaron cesar todas las obras de la ciudad, salvo que pudieran continuar con esclavos solamente y de ningún modo con peones libres para hacerlos conducir a la campaña. Fué necesario detener a los changadores para llevarlos al campo, antes de la publicación del bando, temiendo que con su conocimiento se ocultaran. (1)

Desde el punto de vista político, proliferaron en la penumbra los episodios más variados de valor sintomático, con los cuales se explica la dirección de nuestra historia y aun su acelerado ritmo, en los grandes movimientos de acción y relación recíprocos entre gobiernos y pueblos. Época rica de potencialidad pero de dispersión de esfuerzos porque no fué época de organización. Es que había comenzado el proceso de desgarramiento que trae consigo la elaboración de la democracia al remover sus antiguas bases y darse otras nuevas, desequilibrando el juego de las instituciones, las his-

(1) Acuerdo del Cabildo de 8 de enero de 1811.

tóricas que no habían desaparecido y las revolucionarias que pugnaban por vivir. Además y como consecuencia del hecho revolucionario mismo, se había producido la crisis psicológica: la violenta explosión de pasiones e ideas encontradas. En las ciudades capitales como Buenos Aires o Córdoba y en las subordinadas como Mendoza o Jujuy, en las grandes y en las pequeñas, rotos los diques, la corriente popular derramó el torrente avasallador de sus legítimas aspiraciones de bienestar y sus pequeños agravios, dividiéndose en bandos y encerrándose muchas veces en la esterilidad de los rencores incoercibles.

Este es el año inaugural de la vida política argentina, en que aparecen las facciones internas, que después formaron partidos, las asonadas que iniciaron la serie de las revoluciones y revueltas militares y también el año de la primera cartilla electoral y de las primeras elecciones del pueblo.

La vida instintiva de la soberanía naciente, se acusó en núcleos de opinión irreconciliables. De este hecho se comprendieron estos otros: la apelación a la violencia revolucionaria y las formas demagógicas de elecciones que más revelaban impaciencia que capacidad para realizar la soberanía.

La fuerza de la Revolución de Mayo había consistido en su origen popular. Esta vocación naciente fué la defensa para la guerra exterior y puso a prueba la capacidad en el sacrificio y aun en el heroísmo.

El pueblo estaba en los cuarteles organizado militarmente; estaba en los barrios organizado en patrullas; estaba en las calles firmando peticiones escritas, aunque no comprendieron lo que suscribían, como se dice en un documento (1) y aunque había ciudades, cabezas de distrito, con dipu-

(1) El cabildo de Mendoza comunicaba el 3 de septiembre a la Junta, que producía fatales consecuencias, la costumbre introducida de que cualquier vecino se dedicaba, para fines particulares nada ventajosos a los pueblos, a redactar representaciones a favor de uno u otro sujeto "y para apoyarias en el vecindario las hazen firmar indistintamente a una clase de sugetos que encuentran en la calle que no son capaces de comprender lo que suscriben". Se prohibió por bando esta costumbre bajo pena de formarle causa al infractor. (Archivo general de la Nación, "Gobierno Nacional, 1811, Gobierno" legajo 15).

tado en Buenos Aires en las que no existía una sola escuela primaria ⁽¹⁾, y en todos los casos el pueblo estaba dispuesto para una asonada como para una elección.

En el momento más difícil de esta crisis general, a fines de 1811, después de tanto escándalo público, Monteagudo escribió estas palabras alentadoras: "No os asusten los males pasados, ellos eran obra de la necesidad, y del poco conocimiento de los hombres; ningún pueblo fué feliz, sin que aprendiese antes a serlo en la escuela del sufrimiento la desgracia". ⁽²⁾.

Había pueblo y este es el hecho esencial que pone en descubierto la responsabilidad de los hombres políticos que lo utilizaron para la asonada en vez de educarlo para la soberanía.

Había también la minoría calificada y dentro de ella el núcleo de hombres de representación, improvisados en la política como en la milicia, Gorriti, Belgrano, Funes, Saavedra, Pueyrredón, Chiclana, Artigas, Monteagudo Rivadavia, y algunos que dejaron su nombre en una actitud clarividente, el alcalde de Córdoba Manuel Félix Tejada, que pide la supresión del cabildo, pues habían cesado las causas de su establecimiento en virtud de que el pueblo ya tenía elegidos sus representantes ⁽³⁾, el vocal de la Junta Provincial de Salta, Pedro Antonio Arias, que invocando la libertad de espíritu dice que los diputados de la Junta Grande no tenían poderes para transferir el gobierno al Triunvirato, pero que en virtud del peligro creado al país por el avance del enemigo después de Huaqui, prestaba reconocimiento a los nuevos gobernantes de Buenos Aires para no lanzarnos en la guerra civil cuando más necesitábamos de la unión. ⁽⁴⁾

(1) "Se admirará V. E. cuando sepa que en todo San Luis y su jurisdicción no se halla una escuela de primeras letras", decía a la Junta Marcelino Poblet, diputado por San Luis. ("Corresponda a San Luis. En Bs Ayes, feb 28, 1811. El diputado Representa el abandono q. hay en la Ciudad de educan publica hasta carecer de una escuela de primeras letras...") (Archivo general de la Nación).

(2) "Gaceta de Buenos Aires" de 20 de Diciembre de 1811.

(3) "Crónica de Córdoba", por Ignacio Garzón, página 154.

(4) Archivo General de la Nación, "Salta, Octubre 17, 1811. A la Junta Conserva. El Cavildo remite el acuerdo celebrado sobre el reconocimiento del nuevo Govno..."

Había cabildos como los de Mendoza y Jujuy que reclamaban la igualdad política de las ciudades, echando las bases de nuestro federalismo político o como el de Córdoba, que en una luminosa representación, pidió al gobierno de Buenos Aires se le eximiera del juramento al Estatuto dictado por el Triunvirato, porque los pueblos tenían derecho a ser representados y oídos.

En las circunstancias difíciles de la vida política de entonces faltó el gran estadista, con la imagen del momento, el héroe civil, síntesis de los ideales del pueblo y de la minoría patricia. No se puede llamar de este modo a quienes sin estéril gesticulación y con enérgica voluntad debieron resolver los problemas fundamentales de la patria.

Hay dos figuras que se oponen entre sí, antípodas de la fama pública ante la historia, pero que se suceden en el gobierno de Buenos Aires en 1811: el Dr. Joaquín Campana, secretario de la Junta Grande y Bernardino Rivadavia, secretario del Triunvirato. El primero es el caudillo del suburbio, que no dejó de serlo desde su cargo de secretario y el segundo es el hombre representativo de una minoría de la ciudad, no alcanzando a mostrarse entonces sino como gobernante violento — nadie ha apelado como él a la fuerza con el fin de disolver asambleas legislativas — para ser años después el estadista de la República. El 1811, estos dos hombres ascendieron al gobierno llevados en movimientos de asonada, la del 5 y 6 de abril consagró a Campana y el tumulto del 11 al 18 y elección del 19 de septiembre a Rivadavia. Pero no se trata del origen, sino del ejercicio de la función pública y el uno y el otro proclamaron desde el cargo los principios que no pudieron cumplir después. En torno a estos hombres se producen dos episodios reveladores en la vida política de entonces.

Estaba a punto de hacer crisis la Junta Grande, cuando núcleos de vecinos se disponían a firmar una representación escrita. El Dr. Campana escribió estas palabras: "Hagase entender al ciudadano q^e uno o muchos pueden representar lo q^e crean oportuno con tal que lo hagan por medio del representante del pueblo y con la devida moderación..." Esta era la expresión doctrinaria de su pensamiento: en el hecho

mandó poner presos a los firmantes de la representación. De ahí el tumulto que dió por tierra con la Junta Grande.

En nota del Triunvirato redactada por Rivadavia y dirigida a Saavedra que estaba en el interior, se estampa esta admirable interpretación de nuestros más profundos males políticos: "V. E. debe convencerse — le dice Rivadavia a Saavedra — que el no respetar practicam^{te} en particular la seguridad del ciudadano ha sido el principio que ha dividido a todos estos pueblos en tantas fracciones, entre sí opuestas, cuantos son los intereses contrarios" (1). Está empleada la palabra respetar — que era mucho decir — y siendo tal la formulación del gran principio político, en la práctica, Rivadavia apeló también a la violencia y luego de perseguir a los autores principales de la asonada del 5 y 6 de abril, da el primer golpe de estado, disolviendo la Junta Conservadora, pone presos a algunos diputados y a otros los expulsa de la Capital.

La fuerza fué la precaria solución en nuestras luchas políticas y a ella han recurrido los hombres públicos de 1811 después de reconocer su injusticia y de proclamar las excelencias de la razón y el derecho.

Tales antecedentes sirven para explicar así mismo, este desdoblamiento de la personalidad de los gobernantes que hablan un lenguaje para la historia — seguramente a inspiraciones del ideal — y hacen lo contrario, bajo el apremio del momento.

Ricardo Levene.

(1) Archivo general de la Nación, "Gobierno nacional - 1811 - Gobierno", legajo 15.



EL PADRE CASTAÑEDA A LA LUZ DE LA PSICOLOGIA PATOLOGICA (1)

Por OSVALDO LOUDET

Cestes, il ne faut pas mutiler l'histoire,
mais pour respecter ses droits il n'est
point necessaire de contester a la psy-
chiatrye les siens.

Culliére.

On les renferme, on les enchaîne, au
bien on leur elève des statues.

Diderot.

Hace aproximadamente un año, mi amigo el poeta Arturo Capdevila, entraba en mi casa, acompañado de un extraño y pintoresco personaje. Había vivido con él, luengos años, desde 1804 hasta 1832, y penetrado en su alma multiforme y claroscuro, con la agudeza y la luz de los espíritus diamantinos.

De aquella íntima amistad, había dejado constancia en muchas y sabrosas páginas, que debían constituir más tarde un admirable libro. Libro hoy aparecido, que retrata con fidelidad las sinuosidades y altibajos de una borrascosa y denodada existencia. Libro, en que la silueta móvil del hombre se recorta nítidamente sobre la atmósfera social de la época, cálida, sombría y tormentosa. Libro, en fin, que para fruición de sus lectores, no está escrito con tinta pálida, que de pálida y gris parece acuosa, sino con la misma sangre roja y rutilante de su héroe. El personaje que me traía Capdevila, era el Padre Castañeda.

(1) Conferencia pronunciada en la Facultad de Filosofía y Letras, el 11 de mayo, inaugurando las sesiones de la Sociedad de Psicología, en carácter de presidente de la misma, y bajo el patrocinio de la Sociedad de Historia Argentina.

Lo había seguido a través de su turbulenta vida y encontrado. aquí y allá, algunos gestos extraños, algunas actitudes incomprensibles, abundantes palabras que semejaban simplemente torrentes de palabras, algunos actos que parecían revelar la flojedad de ciertos resortes. Quería saber a que atenerse sobre su héroe. Sentía por su Reverencia una profunda simpatía, mezcla de admiración y de piedad. Al entregármelo, para su examen clínico, me dijo: "No tengo el menor interés en que el Padre aparezca como un santo, ni el menor deseo de que resulte un granuja" y agregó, dándome un voluminoso rollo de papeles: "El se pintará por su cuenta y con su tinta".

Este trabajo tiene como base el libro de Capdevila: "La Santa Furia del Padre Castañeda" y la documentación que he consultado personalmente en el Museo Mitre. Es algo más que una historia clínica; es clínica histórica. No es éste un personaje inventado. No es el hombre que voy a presentaros un hombre a quien la pasión política o religiosa tratan de engrandecer o disminuir. El hombre que vais a ver es el verdadero, el auténtico, el retratado por sí mismo, sin que en ese retrato haya alterado una línea, atenuado colores fuertes o borrado intencionalmente las propias sombras.

En esta historia, que encierra un diagnóstico, no me ha guiado otra curiosidad que la curiosidad científica; otro anhelo que conocer los resortes íntimos que explican una conducta antes inexplicable; otra pasión, si pasión hubo, que la pasión de la verdad por la verdad misma .

I

Los valores de la psicopatología histórica

La psicopatología histórica integra su materia con el estudio médico psicológico de los hombres que han tenido un papel grande o pequeño, en el ámbito de la Historia. Algunas vidas penetran en el área de esta última y al mismo tiempo invaden el terreno de la patología mental. Los historiadores y los pueblos no se aperciben, muchas veces, de las sombras mórbidas que proyectan los gestos expresivos de ciertas figuras relevantes. Ven moverse a los actores en un escenario

pleno de artificios y las figuras aparecen falsamente grandes o falsamente pequeñas; unas veces con relieves prominentes y otras sin ninguna dimensión; unas resplandeciendo hasta cegarnos y otras opacas hasta la indiferencia. Rara vez conocemos su realidad interior, aquélla que explicaría la verdad o la mentira de sus actos; aquélla que contiene el motor oculto que mueve y agita el fantecho humano. ¿Este hombre, que vemos representar, en el escenario de la historia, un papel magnífico y heroico, o triste y miserable, es él, es él mismo, o es un disfrazado por el destino? ¿Representa un auténtico papel, aquél que le hubiera señalado imperativamente su verdadera alma? Debemos investigarlo. Las circunstancias juegan con el alma del hombre, y en la gran comedia, el cobarde puede aparecer con el disfraz del héroe y el héroe con la vestimenta del astuto, del cínico o del perjuró. ¿Qué pasión normal o morbosa agita aquel otro personaje? ¿Aquélla grandeza o esta pequeñez, de donde vienen?

Digamos desde ya que, algunas veces, aquella grandeza o esta pequeñez vienen de las antecámaras de la locura o de la locura misma. Los casos no abundan, pero existen, y esto justifica la psicopatología histórica.

La clínica del pasado exige dos elementos de valores casi equivalentes, mediante los cuales se llega a diagnósticos de certidumbre. El primero es la documentación histórica con proyecciones clínicas; el segundo, es el espíritu crítico del observador. De poco vale el primero si el segundo no sabe ver sin pasión y con sabiduría. Existe una acomodación óptica del espíritu para ver las cosas y los seres. El que carezca de ese poder de acomodación verá las figuras borrosas, pálidas, indefinidas. Por eso, alguien ha observado, que los errores cometidos en la clínica histórica pertenecen a la ligereza de los comentaristas más que a la insuficiencia de los documentos. El peligro, para Cullière no finca en los documentos de poco valor histórico; el peligro consiste en formular hipótesis audaces y prematuras. Sobradas razones tiene para afirmar que se han escrito muchas cosas sobre la locura en la historia, apoyándose en doctrinas cuya solidez no estaba demostrada.

Los estudios de psicopatología histórica se han desarro-

llado sobre bases científicas desde mediados del siglo pasado. Ellos están vinculados a las conquistas de la psiquiatría clínica. Los síndromes mentales eran conocidos en sus rasgos esenciales desde mucho tiempo atrás, pero apenas se vislumbraban sus asociaciones, se desconocían las formas atípicas y se ignoraban las formas embrionarias. La individualización de nuevas enfermedades, integradas con síntomas antes dispersos, porque no se había descubierto todavía su común raíz etiológica o el hilo de su proceso patogénico; la disociación de otras que parecían tener el carácter de entidades nosológicas definitivas; las investigaciones sobre las diátesis psicopáticas como ramas florecientes del mismo tronco degenerativo, han proyectado vívida luz sobre la clínica del pasado.

Los conocimientos psiquiátricos actuales permiten, algunas veces, hacer un diagnóstico retrospectivo del mismo valor científico que sobre un caso contemporáneo, siempre que exista una documentación histórica de índole o proyecciones evidentemente clínicas.

Se ha dicho, — atribuyendo a los antecedentes hereditarios una importancia excesiva, — que el estudio de los personajes reales era el más fructífero y seguro, porque se podía investigar la genealogía normal o mórbida; y en cambio, era deficiente la de otros hombres cuya genealogía era pobre o totalmente desconocida. Dupré, recuerda a este respecto que Burke llamaba a las familias reales "plantas perennes" por oposición a las familias de los particulares a quienes denominaba "plantas anuales", que nacen y mueren en la misma estación. Pero el factor hereditario, con ser en algunos casos interesante y explicativo, es en otros superfluo e inútil. Existen elementos sintomáticos que por sí solos definen una fisonomía clínica, sin que aparezcan detrás las siluetas nebulosas o nítidas de los antepasados. ¿Qué importancia puede tener para el diagnóstico de la *psicosis maniaco-depresiva de Carlos VI* —pongo por ejemplo— la explicación minuciosa de su árbol genealógico, donde existen ramas abortadas, deformes o monstruosas (herencia artrítica, vesánica y consanguínea) cuando dicho diagnóstico fluye serena e imperativamente de los actos anormales del monarca, registrados fielmente por los cronistas de la época? ¿Qué importancia puede tener la

anamnesis de nuestro Padre Aldao, para formular un diagnóstico de psicosis alcohólica, cuando dicho diagnóstico está fundado en su etilismo crónico, en sus delirios alucinatorios episódicos y en sus delirios de actos, documentados por sus contemporáneos?

Los mejores aliados del psiquiatra son los cronistas imparciales, aunque ellos no se aperciban que, al retratar fielmente los gestos de un hombre que se mueve en el escenario de la historia, coleccionan síntomas claros y precisos para efectuar un diagnóstico psiquiátrico. "Existen hechos — dice Cullière — que el más imaginativo de los cronistas no podría inventar, salvo que él mismo fuera psiquiatra, y cuando en un autor encontramos la descripción clara de un delirio alucinatorio, de una epilepsia larvada, o de una fobia, tenemos el derecho de hacer fé en ese documento y sacar las consecuencias desde el punto de vista médico-psicológico. Si Cuvier, con la ayuda de un hueso fósil, reconstruía un animal entero, el alienista en ciertos casos, con ayuda de algunos síntomas dispersos puede reconstruir un estado psicopático pasado".⁽¹⁾ No es un juicio ligero el de Marañón, cuando afirma que "la medicina ha progresado tanto en estos últimos decenios, que meros indicios indirectos pueden bastarnos para formar un criterio aproximado a la verdad, respecto a hechos que tal vez en los tiempos en que se desarrollaron no pudieron ser interpretados con exactitud. Muchos problemas históricos, insolubles con las solas luces de la razón, se hacen inteligibles a la luz de la psicología mórbida"⁽²⁾.

En el caso del Padre Castañeda — motivo de este estudio — no son meros indicios los que han de guiarnos en el camino que conduce a la verdad. Es la vida documentada del Padre y documentada por él mismo. Son sus escritos múltiples y caudalosos los que muestran las distintas facetas de su personalidad, los que contienen la más minuciosa y clara de las historias clínicas. La presencia física del enfermo está de más. Es innecesaria, es inútil. Tenemos su alma aprisionada en las sutiles redes de sus cartas, sus artículos, sus comunicados, sus

(1) Cullière: *Traité International de Psychologie Pathologique* - Tomo III.

(2) Marañón: *Ensayo biológico sobre Enrique IV* - Madrid 1930.



discursos, sus letanías y sus epigramas. Todo nos lo ha mostrado y todo nos lo ha dicho en letra de imprenta. Para descubrir el oculto delirio — si existía — no hemos tenido que violar su correspondencia, como tantas veces lo hacemos frente a alienados lúcidos, inteligentes y disimuladores.

Pero antes de entrar en el área de la psicología clínica es necesario tener una visión siquiera panorámica de la vida del Padre Castañeda, que movidizo, turbulento e iracundo, agitó esta bendita ciudad de Buenos Aires, en aquellos años que corrieron desde las invasiones inglesas hasta las vísperas de la tiranía.

II

La vida del padre Castañeda

El padre Castañeda nace en Buenos Aires en el año 1776. Era hijo de un comerciante español y de la patriota 'oña Andrea Romero Pineda. En 1798 viste el hábito de la Orden de San Francisco. De inmediato es enviado a Córdoba, donde lo ordena sacerdote el Obispo Moscoso, en 1800, cuando apenas tenía 24 años. Antes de volver a la ciudad que sería teatro de sus combates periodísticos y donde haría fructificar la más original de las sátiras políticas, tiene su breve y llamativa historia en la ciudad conventual. Luego, descenderá de la ciudad de las sierras hacia la metrópoli de las llanuras, como un río tumultuoso que todo lo arrolla y lo revuelve, sin encontrar en su largo itinerario un suave remanso. En efecto, el Padre Castañeda, no pudo adaptarse a las rígidas disciplinas del convento cordobés. Su carácter tenía muchas agudas puntas y demasiadas cortantes aristas para no herir a sus cofrades en el severo claustro. Y tuvo que venir a Buenos Aires.

Se refugia, para su suerte o para su desgracia, en el convento de los Recoletos. Y allí también, tiene sus conflictos. El más ruidoso se produce en 1812, con el Provincial de la

(1) Cullière: *Traité International de Psychologie Pathologique* — Tomo III .

(2) Marañón: *Ensayo biológico sobre Enrique IV* — Madrid 1930.

Orden, motivando su primer destierro disciplinario. Su orgullo y su indocilidad eran demasiado grandes para caber en aquella dulce y apacible casa de Dios.

Mucho antes de este episodio de 1812 había conquistado fama de orador. Orador tronante y sin fatiga. Junto a Fray Cayetano Rodríguez y a Fray Ignacio Grella, celebró con discursos grandilocuentes las festividades que tuvieron lugar en Buenos Aires, con motivo de la derrota de los ingleses, en 1806 y 1807. Predicó el sermón de la Reconquista, en presencia del Virrey Liniers y también hizo el panegírico de la Defensa, frente a los mismos héroes de las jornadas.

“Se había formado un estilo y una dialéctica singulares. Hablada con la espontaneidad de un alma sana, sin cuidarse por lo general de la corrección de la frase” (1). “Aunque regularmente *no se ligaba a las reglas rigurosas del arte*, ni se empeñaba en seguirlas, esto procedía de la abundancia de conceptos y voces (!), que no le permitían estrecharse en los límites de una estructura artificiosa” (2).

En cuanto a sus oraciones sagradas, más que por sus audaces giros, por sus ideas avanzadas, “merecieron más de una vez observaciones de sus superiores” (Saldías). En 1815, fué el único individuo del clero secular que, con singular valentía, hizo el panegírico de la revolución, cuando Fernando VIII había sido restablecido en el trono. (3)

En el ejercicio de su ministerio era de una actividad múltiple, dispersa y algunas veces inquietante. Orador de todo púlpito donde se quería atraer ovejas descarriadas, nunca cobraba emolumentos; maestro amadísimo en aulas gratuitas, donaba sus míseros dineros; pastor de almas dolientes y cuerpos hambrientos, economizaba sobre sus alimentos; y, alguna vez, hasta hizo de atrevido galeno, usando las recetas del doctor Manduti, médico de fama en la época de los virreyes.

Los padres franciscanos se distinguían, en aquél entonces, por su amor a la enseñanza. Instruían a los niños en las primeras letras. El Padre Castañeda fué en ese sentido un

(1) Adolfo Saldías: Vida y escritos del Padre Castañeda. — Buenos Aires 1907.

(2) Fray Nicolás Aldazor: Elogio Fúnebre, pág. 17.

(3) Saldías: Evolución republicana durante la Revolución Argentina.

maestro infatigable. En 1815 funda la Academia de Dibujo, pronunciando con tal motivo un dilatado y patético discurso en que atribuye "al arte privativo de los niños" virtudes extraordinarias. Habiendo sido designado por el Cabildo, capellán de la cárcel, dedica el sueldo íntegro de doscientos pesos al sostenimiento de la academia.

En 1818 su exaltación pasional se traduce en dos documentos importantes: el discurso pronunciado en la Catedral con motivo de la recepción de Pueyrredón en la Congregación del Alumbrado (1) y la carta dirigida a Felipe Senillosa, con motivo del prospecto del periódico "Amigos de la patria y de la juventud" (2). En ese mismo año eleva un informe al Director Supremo, donde consigna con singular audacia sus originales opiniones en materia de educación y suplica al mismo que les remita una copia a los Reverendos Padres Rodríguez Montero y al Provincial de su Orden y "que conjure a éstos en nombre de la patria a que *despierten de su letargo*".

Pero el Padre Castañeda necesitaba un escenario más amplio y más ruidosas y temibles armas, para sostener con furia sin igual sus principios cívico-religiosos. Se arroja, entonces, en la vida periodística, con estrépito, arrogancia y gracia incomparables. Sus "Amonestaciones" al periódico "El Americano", que redactaban Pedro Feliciano Cavia y Juan Crisóstomo Lafinur, demuestran la agudeza y el temple de su pluma. Desde ese momento su actividad de publicista y de panfletario es fabulosa. Sus periódicos nacen todos los días. Se suceden, se superponen, se amontonan. Su fecundidad está fuera de todo orden común. Llega a publicar siete periódicos, simultáneamente, todos redactados por él, desde la primera a la última página.

El caos social en que vive el país en 1820 favorece la mórbida fiebre política y religiosa que agita al pobre franciscano.

Su labor periodística puede dividirse en dos períodos. El que se inició en Buenos Aires a fines de 1819 y llega hasta

(1) La mejor revolución insinuada en los sagrados libros para instrucción de los políticos inexpertos. El Derpertador Teoflantrópico. Nº 7 y 8, página 107 a 131. Museo Mitre.

(2) José M. Gutiérrez. Enseñanza Superior en Buenos Aires. Pág. 818.

1822 y el que continuó fuera de la Capital y llega hasta 1830 (Saldías, op. ct.).

Existe en gran parte de su producción evidente analogía con otro panfletario de su misma índole: Hebert, redactor de "Le Père Duchesne", aparecido en París, años antes de la Revolución Francesa.

El prestigio del Padre Castañeda entre la hez social, crece enormemente en 1821, y el Gobierno, con el objeto de atraerse agitador tan eficaz y peligroso, le obsequia con una diputación en la Legislatura de Buenos Aires. El Padre declina dicho cargo en una original renuncia, de un extraordinario valor clínico, por las ideas megalómanas que contiene. "Renuncio — dice — una y mil veces el título de representante, porque yo no quiero ser sino lo que he sido siempre, esto es, "Padre de mi Pueblo". La representación de una soberanía que desconozco, rebaja mi antiguo carácter, me es injuriosa, y así es que suplico que el pueblo mejor instruido me reconozca y me reciba por padre suyo...". Luego agrega: "Fuera de este impedimento legal (?) que me aleja de la Sala por "non conformista", puedo y debo alegar también que sería rebajarme mucho el tener que alternar en la Honorable Junta con hombres solteros (!) y por consiguiente incapaces de representación alguna legal, y a quienes yo jamás podré reconocer derecho alguno, sino el que les asista para recibir la doctrina de sus padres, de sus mayores, de sus párrocos".

Después de otras consideraciones sobre la necesidad de consagrarse a su Academia de Dibujo, a la Congregación del Alumbrado, y a "establecer en las escuelas el juicio por jurados" termina de esta manera: "No pudiendo, ni debiendo despojarme de mi paternidad con la cual aflijo a todos para reformarlos con mis siete periódicos y tres más que saldrán en primera oportunidad, a V. H. suplico se sirva declarar que la elección del pueblo recaída en mi persona se dirige no más que a acreditar la docilidad y acción de gracias con que ha recibido y recibirá en adelante mis amargas lecciones; pero que no es su ánimo violentar mi opinión, ni menos obligarme a que yo me entrometa a representar una soberanía que no tiene y que yo le he negado en mis escritos, porque estoy persuadido que

la tal soberanía es toda su perdición" (1). Antes que llegase la renuncia, la H. Junta creyó prudente anular la elección, de un sujeto que todo el mundo consideraba como loco.

Poco después de este episodio — con motivo de las primeras escaramuzas de la reforma eclesiástica — el Padre Castañeda ataca violentamente a la Junta de Representantes, predicando abiertamente la revolución: "Es una vergüenza lo que está sucediendo por no unirse los ministros del culto, y gastar siquiera un cuarto de hora en escarmentar a cuatro polichinelas indecentes, que fiados en la impunidad están dando campanadas contra su clero que es lo único bueno que tienen. ¡Clero venerable! espero sólo la señal, y si me lo consientes, yo sólo soy suficiente para poner un candado en la boca a los desvergonzados, sin más trabajo que el de predicar un sermón en la plaza pública".

La Junta de Representantes siente las puntas de fuego que le aplica el fraile y lo condena a destierro, en el punto Kaquel, hoy Partido de Maipú. Poco tiempo estuvo su Paternidad en este lugar donde su acción misionera entre los indios fué abnegada y eficaz. Indultado por el Gobernador Rodríguez, a pedido de Francisco Ramos Mejía, —poblador de aquellas regiones con el cual había tenido varios y ruidosos conflictos, y deseaba sacárselo de encima—, el Padre Castañeda regresa a Buenos Aires en agosto de 1822.

La ciudad estaba en llamas. Era un incendio de pasiones. Las almas y los rostros se encendían en la discusión de la reforma eclesiástica. El señor Rivadavia, sereno y fuerte, era el héroe magnífico del espectáculo ¡Qué hermoso campo de combate para un paranoico como Castañeda!. A breves días de su llegada, aparecían cinco de sus periódicos: "Doña María Retazos", "El Desengañador", "La Ilustrísima Matrona Comentadora", "El Paralipomenón" y el "Suplemento del Despertador". Y toda esta artillería de descarga contra el Gobierno.

En "El Centinela", periódico gubernista, Juan Cruz Varela, espíritu ingenioso y penetrante, escribía con erudición y

(1) Nota Oficial. A la Honorable Junta de Representantes, Imprenta Alvarez. Museo Mitre.



DEL

DESPERTADOR

TEOFILANTROPICO MISTICOPOLITICO

BUENOS-AYRES DOMINGO 7 DE MAYO DE 1820.

Los tiranos pervirtien-
do la *teocracia* y hacien-
dola supersticiosa con-
sagraron el despotismo

Confesémos pues, que la política hu-
mana, y la falsa filosofía pervirtieron
la religión, y los derechos del hom-
bre: lo diré mas claro, los fundado-
res de republica para tiranizar á las
gentes, y quitarles el precioso don de
la libertad se erigieron en divinidades,
por que sabian muy bien, que el ver-
dadero Dios reprueba el despotismo,
y no puede permitir la violencia, y
tiranía: *ubi spiritus dei ibi libertas;*
donde está la *teocracia*, y el espíritu

elegancia sobre los problemas de la hora. De inmediato, polemiza con el fraile y, con calculada maestría, le lanza las doradas abejas de sus epigramas.

No fueron suficientes para Castañeda sus cinco periódicos y aparecieron: "La Guardia vendida por El Centinela y la Traición descubierta por el oficial del día" y "La verdad desnuda". Al mismo tiempo, en el campo opuesto, veía la luz, dirigido por un empleado del ministerio, un periodicucho desenfrenado y calumnioso: "El Lobera". Todos estos periódicos, los de Castañeda y los de sus adversarios, dieron la nota máxima del escándalo. Fueron suspendidos por el Gobierno y el Padre Castañeda condenado a cuatro años de destierro. Su Paternidad eludió la condena escapándose a Montevideo (1).

Breve tiempo permaneció en dicha ciudad. No era medio propicio para desarrollar sus planes combativos. Se establece, entonces, en Santa Fe, donde solicita y obtiene permiso del Gobernador López, para fundar una iglesia y una escuela en el desierto paraje denominado Rincón de Antón Martín, que se convertiría después en el pueblo Rincón de San José. Funda otras escuelas en Paraná y en San José de Feliciano. Pero pronto siente la nostalgia de los tipos de imprenta. No puede su ágil pluma permanecer inmóvil, seca, enmohecida. No puede descansar aquella su arma poderosa, siempre lista, resplandeciente y afilada. El Padre Castañeda inicia la peregrinación más estupenda que nadie puede imaginar. Se trata de la caza de tipos de imprenta. "La imprenta famosa del General Carrera estaba repartida en distintos parajes donde la iba dejando aquel hombre tan caminador. Yo he tenido la prolijidad de ir la recogiendo..." (2). Y pide al Gobernador López, autorización para "redactar por ahora (!) tres periódicos: 1.º Población y rápido engrandecimiento del Chaco. — 2.º El santafecino a las otras provincias de la antigua unión. — 3.º Obras póstumas de nueve sabios que murieron de retención de palabra". Todo ésto, sin duda, para no morir él de retención de escritura.

(1) Saldías: op. cit. pág. 219.

(2) Representación del lector jubilado Fray Francisco de Paula Castañeda al Excmo. Señor Gobernador de Santa Fe. Gaceta Federal, Mayo de 1815.

Publica, más tarde, dos periódicos: primero "Vete Portugués que aquí no es" y después, "Buenos Aires Cautiva". En ambas publicaciones se muestra el mismo sectarismo religioso y político. Los sucesivos fracasos en la organización del país los atribuye al espíritu de irreligiosidad de los hombres y de los congresos que tal obra acometieron. Ataca en este último periódico al General Lavalle y en forma violenta a los editores de "El Tiempo" de Buenos Aires, que eran Rivadavia, el Dr. Agüero y el Dr. Gómez. Estos no le dan mayor importancia a los ataques del franciscano, no obstante ser "Buenos Aires Cautiva" el periódico que más éxito tenía en el interior del país.

Después del movimiento del 1.º de Diciembre de 1828, tuvieron una tregua los caudillos y los pueblos. Este entreacto lo aprovecha Castañeda para dedicarse febrilmente a sus fundaciones de Entre Ríos, Santa Fe y Corrientes. No descansa ni un día. No para un instante. Recorre las tres provincias de un lado para el otro. Parece un sonámbulo. El pobre franciscano vivía los últimos días de su delirio apostólico.

Sus preocupaciones políticas y religiosas se desvanecen. No reúne más los congresos fantásticos de sus matronas y comentaristas para discutir la suerte de Buenos Aires. No convoca más aquellas desordenadas y tumultuosas asambleas de personajes simbólicos creados por su fecunda imaginación. Su espíritu está triste y apagado.

Muere febril, como había vivido, en marzo de 1832, en Paraná. En julio del mismo año, sus restos son traídos a Buenos Aires, por orden de Juan Manuel de Rozas, cuya política había ensalzado frenéticamente, más de una vez. Hacen el elogio fúnebre, Lucio Mansilla y Fray Nicolás Aldazor. Tal fué, en cuatro líneas esquemáticas, el itinerario de esta vida.

III

La constitución paranoica

El problema primario que debemos resolver, frente a la desconcertante figura del Padre Castañeda, es el de la fórmula de su constitución mental. Es necesario empezar por descubrir los estratos profundos de su personalidad. En ellos encontraremos la explicación de la fuerza vital y de la extravagancia de sus ideas, como asimismo del tumulto de sus actos.

Nadie mejor que el Padre Castañeda, para mostrarnos el núcleo central de sus tendencias; nadie mejor que él, para decirnos quien es, de donde viene, que quiere y a donde va. Su autorretrato psicológico es tan fiel que parece imagen de un espejo.

Dos elementos esenciales de su carácter traducen la hipertrofia de su "yo": el orgullo y la susceptibilidad mórbidas. No había nacido para vivir mirándose en el "speculum perfectionis" ni para inspirarse en los "actus beati Francisci et sociorum ejus".

He aquí algunos episodios — son numerosísimos — donde se descubre su orgullo, su vanidad, su irritabilidad anormales. Cuando se subleva contra el Padre Provincial de su Orden y vocifera delante de toda la comunidad: "Obedecerle?. Y por qué?. A gritos diré que no es más que un intruso" (1812). Cuando entra en la batalla de los periódicos y lanza aquella terrible imprecación, echando chispas con la pluma y por los ojos: "si nuestra independencia ha de ser para que el venerable clero sea un estropajo, maldita sea la patria de Dios vivo, nunca le caiga el rocío del cielo y mueran todos los viles anti-teócratas en un solo día". Él no iba a permitir semejante cosa, él que era un "enfrenador de demonios", "él que era teócrata, en términos de no dar cuartel ni al lucero del alba". Y si los hermanos de religión le piden desesperadamente, en otra oportunidad, que se contenga, les responde: "En la iglesia de Dios, no hay ministerio bajo, y la orla sola de las vestiduras

NUMERO 5.º

DEL

DESENGAÑADOR

GAUCHI-POLITICO

Federi-montonero, Chacuaco-oriental, Choti-protector. y Puti-republicador de todos los hombres de bien, que viven y mueren descuidados en el siglo diecinueve de nuestra era cristiana.



El Teofilantrópico se está vatiendo con un jóven perulero, y es para alabar á Dios lo mucho que trabaja en vano; forceja el hombre en un fango inmenso, y cuando parece que va á pisar en suelo duro entonces es cuando

sagradas vale más y pesa más que toda la grandeza humana" (1). Poco después del incidente que tuvo con el Coronel de la Quintana a quien había ridiculizado en su periódico, contesta a un general que le amenazaba con matarle. *"Mientras el General con su espada anda buscando el corazón de Fray Francisco, entre tanto sayal y tanta jerga, el Padre Fray Francisco le encontrará la boca y no le dejará diente en vida ni para comer mazamorra"*. Pero como una muestra de su egocentrismo, copiemos este párrafo de su presentación al Gobierno: *"No desde V. S. que yo soy el público, yo soy la patria, pues irresistiblemente me veo a cada paso transformado en ella. Ella es mi tormento, pero tormento delicioso que cuando me deja un solo instante, lo busco y morir con él sería muy sabrosa pena"*.

En todas partes, en sus actos y en sus escritos, está el hombre con su orgullo y su vanidad, hipertrófico e hiperestésico! Que distancia enorme lo separa del respetable clero de su época, cuyo más alto representante era Fray Cayetano Rodríguez, clero que muy bien retrataba Feliciano Cavia en "El Imparcial" cuando decía que *"era virtuoso sin hipocresía, religioso sin fanatismo e ilustrado sin preunción"*!

Pero otros rasgos prominentes aparecen para definirlo como un sujeto de constitución paranoica: sus paralogismos y su inadaptación social.

Señalaremos en primer término ciertas fallas de su auto-crítica. No se concibe que un sacerdote, y por añadidura franciscano, ande mezclado en tanto escandaloso lío callejero, periodístico y político. El hombre no se ve a sí mismo. No se asoma al espectáculo de su propia vida. Sólo ve su sombra funanbulesca detrás de la cual corre alegremente. No tiene el sentido del ridículo para sí mismo, aunque lo tiene desmesurado para los demás. Se olvida de su posición y de la dignidad de su magisterio. Sus actividades bullangueras son la antítesis de las específicas de su profesión. Su "yo" hipertrofiado le quita la visión de la realidad y la conciencia de su propio desequilibrio.

Sin embargo, allá por el año 1825, su excitación había disminuído bastante y refiriéndose a su conducta de los años

(1) Capdevila: La Santa Furia del Padre Castañeda. Buenos Aires, 1933.

1820, 21 22 y 23 se quiere justificar con este galimatías: "Era de necesidad que yo también hiciese el papel de periodista, de filósofo, de hombre libre, de proyectista eterno y sempiterno, de político, de histórico, de hombre de fibra, de poeta, de comediante, de soñador, de soberano radical y de todas las demás zarandajas, que no estando, como no están definidas las toma cada uno como quiere, las hace variar de principios cuando le da la gana, para que todas nuestras máximas políticas tengan su centro en todas partes, y la circunferencia en ninguna parte" (1).

La falsedad del juicio también la encontramos en el Padre Castañeda, bajo la apariencia de ideas progresistas y geniales intuiciones. Esto no excluye que algunas veces vislumbre la solución de algún problema. Pero la desviación paralógica es evidente. Existe, en estos sujetos según la expresión de Dromard, "sumersión de residuos empíricos por los valores afectivos". La lógica del paranoico está falseada por el estado pasional. Son sujetos intransigentes e incorruptibles. Desarrollan una actividad extraordinaria para denigrar y calumniar a los demás. Algunas veces disimulan su egocentrismo y su vanidad viviendo como anacoretas. Es una forma negativa del exhibicionismo. Clasifican a los hombres en buenos y malos, según piensen o no como ellos. Castañeda los dividía en teócratas y antiteócratas. A estos últimos había que extirparlos. No les daría un momento de reposo, son sus propias palabras, "a no ser que los vea con tamaña jeta, pidiendo misericordia".

¿Cómo es posible — se preguntará la gente — que una persona con esta constitución psicopática haya ingresado en la iglesia? ¿Tenía este hombre la vocación por el sacerdocio? ¿Cómo se explica la incorporación de este hombre, todo orgullo, soberbia, intolerancia, agresividad y mundanal ruido, a la comunidad franciscana? Evidentemente, no había nacido para santo. Los frailes cordobeses lo habían echado — o poco menos — porque su Reverencia era inaguantable. Tuvieron que hacerlo salir, dice Cavia, "como cuando se chucea una vaca chacarera que se mete en los sembrados".

El interrogante de esta falsa vocación se despeja fácil-

(1) Castañeda: Escritos del Padre Castañeda. 1825. Museo Mitre.

mente. El paranoico es, por definición de su mentalidad, un inadaptado social. Puede tomar dos actitudes: una negativa, cuando se refugia en la vida solitaria, y otra positiva, cuando se subleva contra el medio social y combate con mayor o menor energía, con mayor o menor éxito. El segundo es el paranoico hipertónico; busca y desea la batalla. Rousseau perteneció a la primera categoría, y así se explica su *robinsonismo*, su amor a la naturaleza, lejos de los hombres y también su andar vagabundo por Suiza, Francia e Inglaterra (1).

Castañeda fué en definitiva un paranoico hipertónico. Siguió primero el camino solitario y se refugió en los claustros, para defenderse contra la sociedad, que seguramente "no le comprendían". No lo llevó al claustro la humildad, sino el orgullo; no lo llevó el amor por la meditación ascética, sino el escozor que le producía el contacto con los hombres; no la confianza en el refugio de Dios, sino la desconfianza eréctil y agresiva para sus semejantes.

El error óptico que padece el paranoico le impide toda fácil adaptación. Juzgándose superior, juzga mal a los otros y no puede encontrar su verdadero sitio en la sociedad. Con todos tiene conflictos porque por todos se siente hostilizado.

El Padre Castañeda tomó primero el camino de la soledad y ese fué el error inicial de su vida. No era posible encerrar su alma tormentosa en la quietud del claustro. Sus pasiones no eran de aquellas que se aplacan y mueren lejos del mundo. Sus pasiones necesitaban correr y revolver el mundo. Su orgullo patológico lo llevaba a empujones hacia el delirio político y religioso.

IV

El estado hipomaniaco

Pero debemos penetrar más profundamente en las entrañas de esta vida. La psicología del Padre Castañeda es compleja y multiforme. No fué un paranoico puro, con su sistema de ideas prevalentes, sostenido con empuje y constancia,

(1) Genil Perrin: Les paranoiques.

NUM. 2.

D.^a MARIA RETAZOS

DE VARIOS AUTORES TRASLADADOS LITERALMENTE PARA INSTRUCCION Y DESENGAÑO DE LOS FILOSOFOS INCREDULOS QUE AL DESCUIDO Y CON CUIDADO NOS HAN ENFEDERADO EN EL AÑO VEINTE DEL SIGLO DIEZ Y NUEVE DE NUESTRA ERA CRISTIANA.

*****©*****

BUENOS AIRES MAYO 13 DE 1821.

Comunicacion entre el Exmo. Sr. general Ramirez, y Doña Maria retazos.

Mucho se habla del Excmo. Señor general D. Francisco Ramirez, pero sin conocimiento de causa, y quizá, quizá sin todo aquel fundamento con que se pudiera y debiera hablar en la materia.

Tengo el honor de mantener con dicho Señor una correspondencia epistolar seguida, en la cual como en un espejo se puede ver el alma de su Exa.; yo haría un agravio al público si no la manifestase para que todos conozcan al leon por la uña, quiero decir al carnero por la lana, y al toro por los resultados prominentes, cuyo nombre propio, yo no sé porque desagradada a muchos de los lectores.

Leanse las cartas de su Exa., y se verá que a lo menos desea acertar, pues de lo contrario no consultaria hasta los negocios mas triviales; si, que errò

con gallardía y audacia no igualadas. El Padre Castañeda fué, además, un excitado constitucional. Los elementos de la constitución ciclotímica marcaron el ritmo a su actividad de paranoico. Predominó en su larga y accidentada existencia la fase ascensional — la excitación psicomotriz — con ligeras altas y bajas. Fué un hipomaniaco crónico. Vivió siempre en pleamar. Su alma no había nacido para la quietud de las playas. Sentía la voluptuosidad del peligro y de la lucha. Era alma de tempestad.

Los estados hipomaniacos en los sujetos inteligentes, no perturban gravemente la función de lo real y pueden elevar la tensión psicológica. Tienen razón los clásicos, cuando sostienen con Parant y Moreau de Tours, la teoría de la hiperideación en las manías ligeras. “La inteligencia — escribía el primero — se acrecienta... Existe sobreexcitación de todas las facultades, sobreactividad de la memoria y de la imaginación, fecundidad en las ideas, exuberancia en las palabras, en los escritos, en los actos, y expansividad de los sentimientos, que dan al espíritu un entusiasmo singular. El estilo es brillante. La palabra es elocuente”. Algunos de estos enfermos tienen conciencia de este estado anormal de sus psiquis. Se sorprenden de la facilidad de evocar y asociar ideas. Una institutriz, citada por Deron, declaraba: “Cuando se está equilibrado, se es menos inteligente que cuando se está loco... jamás he tenido un espíritu tan despierto, ni he sentido como siento hoy... Si yo volviese a mi escuela, les daría a mis alumnos una educación extraordinaria”.

Ni más ni menos, que nuestro Padre Castañeda, que “con voluntad pronta alegre y esforzada” fundaba su Academia de Dibujo, declarando que “no daría sueño a sus ojos hasta no ver crecida esta tierna planta de enseñanza”. Y en su optimismo de maniaco exigiría que fuera “cada casa una escuela, cada vecino un maestro, cada maestro un sabio”. Y todo eso de inmediato, como por obra de magia.

El dramatismo mímico de los estados de excitación era característico en Castañeda. En estos estados existe gran siqueza y exageración en gestos y actitudes. Los gestos están subrayados, extendidos, aumentados. Son rápidos, variables y fugaces. Esta gesticulación maniaca en su Reverencia, que

en contados minutos pasaba de la irritabilidad y la indignación a la bonhomía y la condescendencia extremas, había permitido a sus censores calificarlo de "titiritero del púpito". Llamaba igualmente la atención por el desaliño de sus vestidos. Hubo momentos en que llegó a tal grado la despreocupación por su persona — su atención dispersa y móvil lo hacía olvidarse de sí mismo — que andaba por las calles reparando sus panfletos, con la sotana sobre los velludos miembros. Por eso Agrelo aconsejaba a los pilluelos: "Muchachos, levantadle los hábitos cualquier día por las calles, y veréis la figura que se os presenta" (1).

El pobre Padre no era un desvergonzado, aunque parecía serlo. Su Reverencia, en su excitación maniaca, más se ocupaba de vestir de pintorescas metáforas sus innúmeros pensamientos, que de vestir su mísera y deleznable humanidad.

La excitación del Padre — conocida desde su estada en Córdoba — no podía pasar desapercibida a sus cofrades de Buenos Aires, que se desesperaban por sujetarlo. Inútil esfuerzo, vana ilusión, querer sujetar un maniaco de tan estupenda vitalidad. El seguiría gritando hasta enronquecer, porque sentía *"el odio más encarnizado, el más formal y expresivo contra los antiteócratas indecentes"*. Cuando le pedían que se calmase, contestaba: No señores, leña, leña y leña, cada y cuando deba darla.

Está comprobado por la clínica psiquiátrica que las crisis sociales favorecen la excitación psíquica de los predisuestos, hasta llevarlos a verdaderos paroxismos. Desde las invasiones inglesas y la revolución de Mayo, hasta las vísperas de la Tiranía, pasando por el terrible año 20, todo ese camino debía recorrer el Padre peleando con todo el mundo. La temperatura de la época histórica que le tocó vivir — cálida y tormentosa — produjo la ebullición de su espíritu rebelde, alerta y susceptible. La santa furia del Padre Castañeda — vamos a decirlo de una vez — no es otra cosa que un estado hipomaníaco en un delirante constitucional. Los semi-alienados y los alienados lúcidos e inteligentes que se mezclan en el torbellino social de su época, suelen convertirse en hombres de

(1) La Ilustración Pública. Museo Mitre.

acción, con mayor o menor éxito. Su lógica intuitiva de apasionados les permite concebir grandes proyectos y descubrir soluciones atrevidas para los problemas de la hora. Poseen una audacia sin límites. Tienen también un altruismo de apóstoles. Los que ignoran o no pueden comprender la triste verdad de sus desequilibrios, atribuyen al personaje que se agita falsos valores, positivos y negativos. ¡Cuántos alienados y semi-alienados han actuado en momentos decisivos de la historia!

En las memorias de Tocqueville, se encuentra un testimonio interesante, que no resisto a la tentación de reproducirlo: El del célebre alienista Trelat. Cuenta Tocqueville que en la memorable sesión del 15 de mayo de 1848 el pueblo invadió la sala y arrojó de su sillón al Presidente de la asamblea. El dirigente de un club revolucionario, con los vestidos desordenados y rostros de energúmenos, se trepó sobre la mesa y enarboló una bandera coronada por un gorro frigio. "Yo fui abordado, en medio del tumulto — dice Tocqueville — por el doctor Trelat, revolucionario del tipo sentimental y soñador, que durante todo el tiempo de la monarquía había conspirado en favor de la república. Era un médico de renombre, que por aquel entonces dirigía uno de los manicomios de París. Me tomó las manos con efusión y con lágrimas en los ojos me dijo: "Ah! señor, qué desgracia y qué cosa extraordinaria, pensar que son locos, verdaderos locos, los que han provocado este espectáculo. Yo mismo los he asistido y los he tratado. Blanquí es loco, Barbés es loco, Sobrier es loco, Huber es rematadamente loco, todos locos, señor, que debieran estar en la Salpêtrière y no aquí". Siempre he pensado — agrega Tocqueville — que en las revoluciones y sobre todo en las revoluciones democráticas, los locos, no aquellos a los cuales se les da este nombre por cortesía, sino los auténticos, han jugado un papel político muy considerable. Estoy seguro, por lo menos, que una semi-alienación no está demás en estos tiempos y sirve para asegurar el éxito".

Cuando se reverencia se arrojaba a la batalla — y cuando no estaba en ella, si pudo gritar con el Cid Campeador "mi descanso es el pelear" — tenía aspectos de apóstol y de demonio. De apóstol, por su desprendimiento, su abnegación,

EL

NUM. 1.

DE LA

MATRONA COMENTADORA

DE LOS CUATRO PERIODISTAS.

Mi Sra. Da. Comentadora de los cuatro periodistas.

Con singular complacencia he leído el Próspecto de su bien meditado periódico, y puedo asegurar á V. S. que cuando por fruto de mis tareas no hubiese conseguido otra dicha que la de exitar al bello sexô á que nos ilustre con sus luces, y nos contenga con la eficacisima suavidad de sus sazonadas discreciones, me tendria yo por uno de los que mas han cooperado á introducir el órden en esta recién nacida, y ya decrepita república.

Este mismo dia convoqué á mis coescritores, y es un deber mío asegurar á V. S. que los cuatro, y aun el quinto en discordia somos el primer despojo de los muchos triunfos que ha conseguido, è ira consiguiendo V. S. á proporcion, que acudan los lectores á recorrer con la vista, y grabar en el alma los discursos tan enérgicos, como sentimentales, con que V. S. cautiva los corazones, poniendolos en cadena para remar en el golfo de tan tem-

su altruismo. De demonio, por la saña, el desenfreno, la picaresca, la impulsividad, la furia con que combatía.

Todos los psiquiatras analizan la espiritualidad de estos enfermos, en sus momentos de ligera excitación psíquica anormal. En las salas de los hospicios, es conocida la ironía de los maníacos, que rasga con su luz artificial la triste penumbra de los melancólicos. Llamam la atención por lo caudaloso de sus discursos, brillantes de metáforas y de símiles atrevidos. Utilizan en abundancia las alegorías, las fábulas y las historias pintorescas. Tienen a flor de labio y a punta de pluma citas abundantes y oportunas. Sorprenden por la facilidad de elocución y la policromía de los términos.

Nada más exacto que comparar estos estados hipomaníacos con el período inicial de la embriaguez. Pero en ambos casos —observa Derón— es necesario que la excitación automática no sea demasiado intensa y pueda permitir una perfecta adaptación al fin. Además, es preciso que exista una riqueza asociativa, sea antigua y debida al valor intelectual real del individuo, o reciente por el hecho de la hiperevocación maníaca y la ausencia de freno en el automatismo asociativo (1).

Cuando el Padre Castañeda, abandonaba su celda y su iglesia y se lanzaba por esas calles desniveladas como su conducta, desparramando aquí y allá, en cada puerta y en cada esquina, sus chascarrillos y sus cuentos; cuando comentaba sabrosamente los sucesos de la gran aldea, estallando en carcajadas, que en los plácidos zaguanes sonaban como petardos; cuando coloradote, rozagante, los ojos hechos ascuas, el flequillo despeinado, sucio y desabrochado, cruzaba en rauda vuelo desde los Recoletos hasta San Francisco; cuando sacaba a empellones, frente a su casa materna, a la pobre María Quiñones, y la hacía rodar como barril hasta el medio de la calle, decían sus enemigos y decían los vecinos que Su Reverencia estaba borracho. Y no era borracho. “No era borrachera de alcohol” la que tenía el fraile — dice Capdevila — y tiene muchísima razón. Era agitación motriz y excitación psíquica decimos nosotros. Era el soplo de la locura que lo hacía ale-

(1) Derón: *Le Syndrome Maniaque* — París, 1929.

gre, locuaz, decidor y atrevido. Era el soplo de la locura que lo agitaba como a un polichinela y lo hacía representar en este escenario gris de la ciudad naciente, una tragicomedia de innumerable actos, que producía desasosiego en sus cofrades, inquietud en los partidos, alarma en los gobernantes y risa estrepitosa en las divertidas gentes.

Decía Cavia en el "Americano", comentando las andanzas y la inquietud de Castañeda: "Un individuo que no cabe en todo el convento, un individuo que para poder *estirarse* un tanto se pase unas veces a la Observancia, otras anda vagando por las calles, no pocas haciendo de agente de negocios en las oficinas y tribunales, y muchísimas, dando sus *zambullidas* de meses enteros por los pueblos de la campaña" (2).

Los maníacos son alienados sin escrúpulos. Abren de par en par las ventanas del alma y muestran todo lo que tienen. Dicen todo lo que piensan y todo lo que sienten. Es la sinceridad patológica que llega muchas veces a la impudicia y que se confunde con el culto de la verdad y el desprecio por la mentira. Este *exhibicionismo mental* se realiza mediante un lenguaje declamatorio, enfático, ampuloso, lleno de pretensiones. El *dramatismo maníaco* es evidente en muchos escritos de Castañeda. En este estado mental abunda la asociación automática de palabras por asonancia o rimas, lo que lleva a estos sujetos a la versificación fácil, aunque muchas veces difusa y hasta incoherente. He aquí algunos ejemplos de los muchos que el Padre Castañeda presenta, en la montaña de su producción macarrónica.

Responso

Carrera de mis pecados
 Chilo-chilote ratón
 Kirie-le, kirie-leisón
 Tu nos robas los ganados
 sin justicia y sin razón
 Kirie-le, kirie-leisón:

(2) "El Americano". Museo Mitre, Pág. 3.

Antes eran tus enojos
con Tagle y con Pueyrredón
Kirie-le, kirie-leisón:
Y ahora nos echas los ojos
A todos como ladrón
Kirie-le, kirie-leisón:
Sin camisa a los porteños
dejar quieres a traición
Kirie-le, kirie-leisón:
Y que cuicos arribeños
caigan en la tentación
Kirie-le, kirie-leisón:
etc. etc (1)

y esta cascada verbal de saltos largos y cortos.

Dale que dale
la pura novedad es lo que vale.
Dele que dele
Dios, si hubiese remedio, té lo revele.
Dile que dile
Si le crece la lana, que se transquile
etc. etc.

y esta letanía del anchopiteco, de acción hipnótica como el veronal:

Escriben desde Areco
Ancho, anchopi, anchopiteco
que todos los zagales
han levantado el eco
Ancho, anchopi, anchopiteco
Contra los Federales
No perdonar a Meco
Ancho, anchopi, anchopiteco
Es toda su divisa
Y la ruina de Esteco.

(1) Castañeda. Derechos del hombre, 1825. Museo Mitre.

Ancho, anchopi, anchopiteco
 Será pena del que no va a misa
 De todo Chuchumeco.
 Ancho, anchopi, anchopiteco
 La confusión ilegó
 Y el que no quede seco
 Ancho, anchopi, anchopiteco
 Será porque en su sangre se mojó
 Todo federal puerco
 Ancho, anchopi, anchopiteco
 Aunque sea mal dorado
 Se verá con un cerco.
 Ancho, anchopi, anchopiteco
 De abrojos y espinas engastado
 El aquí que no peco.
 Ancho, anchopi, anchopiteco
 En las de dentro y fuera
 Será el tureco y ritmeco
 Ancho, anchopi, anchopiteco
 etc etc. (1).

Los neologismos que creó el Padre Castañeda, pertenecen a los dos tipos de la clasificación de Dromard: neologismos pasivos y neologismos activos. Los primeros son propios de los estados maníacos, productos del sólo automatismo verbal: palabras usuales estropeadas o nuevamente formadas por asonancia —que pueden algunas veces comprenderse o explicarse etimológicamente sin que tengan en la conciencia del enfermo un sentido muy claro—; y los segundos se presentan habitualmente en los perseguidos con significado preciso e intencional. (Deron). ‘No perdería el Padre en rebuscas averiguando el linaje de las palabras —dice Capdevila—: “Puti-republicador, Reverencia?. Mire amigo —replica— por el campo y también por la ciudad es muy común enseñar a los hijos primero a decir puta que a persignarse”. “Crea palabras como quien fabrica proyectiles: choto, chacuaco, anchopiteco, carafas, ratogato, fedígrafos. Choto es tanto

(1) Castañeda: Derechos del Hombre, 1825. Museo Mitre.

como ciudadano gafo o ente cuya ocupación es el teatro, el café, la baraja. Chacuaco es pícaro. El anchopiteco es un animal que anda por los árboles y da grandes gritos... Carafa son los forasteros. Ratogato es el federal y letrado y ladino que quiere imponer una federación de gatos con ratones. Y fedígrafos, federales rompedores de la fe nacional". (Capdevila, Cap. X).

En los estados maniacos el valor de los escritos está en relación inversa del grado de excitación. Una excitación ligera puede poner en movimiento una gran cantidad de imágenes y dar lugar a una producción extraordinaria de escritos. Una gran excitación se traduce en grafismos sin sentido. Los escritos son prolijos, extensos, interminables. Todas las formas: cartas, artículos, billetes, órdenes, proclamas, coplas, comedias, historietas, fábulas, constituyen la variada y fecunda producción de estos excitados.

Entre los incontables escritos del Padre Castañeda, largos, difusos, pedantescos y soporíferos, producción típica de maniaco y de sistematizado, se encuentran algunos de valor literario, lógicamente coordinados y rebosantes de gracia. El hombre leía a Quevedo y a Cervantes. También leía a Santa Teresa, a San Gerónimo y a San Agustín, a quienes cita alguna vez y le sucede a él, lo que a todos los excitados de esta naturaleza: construyen algunos de sus escritos con reminiscencias de sus lecturas o plagian casi literalmente, sin apercibirse, por automática hipermnesia de evocación. Cuando el Padre salía de su estado de excitación máxima para aproximarse a la línea normal, producía prosas y versos que alguien ha calificado de sabor cervantino.

Durante su polémica con "El Americano", que redactaban Pedro Feliciano Cavia y Juan Crisóstomo Lafinur, se traba un mortal duelo de sonetos que desata caudalosas risas en la ciudad aldeana, más propicia a la vida tranquila y apacible, con restos todavía de modorra colonial. He aquí un soneto por cada parte, como quien dice, una estocada a fondo, de cada uno de los combatientes. El primero pertenece a "El Americano" y en él pronostican al Padre Castañeda su traslado del convento de los Recoletos donde se aloja, a la casa de la Residencia, sitio donde se recojían los alienados.

NUM. 1.
 DEL
PARALIPÓMENON
 AL
S U P L E M E N T O
 DEL
TEOFILANTRÓPICO.

Sr. PARALIPÓMENON.

Al ver que V. es tan enemigo de los judios me ha parecido que será muy amigo de los frailes, por eso es que creo conveniente escribirle ésta. suplicandole que no deje sin castigo á los autores de las notas (1) puestas por unos peruleros desvergonzados á la carta de Da. Aburrída de sufrir ingratos, reimpressa con el título de proclama á las Provincias del Perú.

La primera insolencia que se advierte, es el atribuir la carta al R. P. definidor F. Francisco Castañeda, el cual tiene en su poder la carta original, y el nombre propio de Da. Aburrída, que fue la que la dirigió al Gauchi-político. La segunda es llamar Fredon con efe grande al R. P., y yo no se que quiere decir Fredon; pero supongo que será algun agravio como quien dice Voltaire, Juan Santiago. ó alguno de esos demonios montoneros, de quienes nos libre Dios ahora, y siempre jamas Amen.

◆ ~~~~~ ◆

(1) Se sabe en Buenos-Ayres que á los autores de las notas les llamaban en Charcas como pollitos: y todo el mundo sabe que los pobres no comen pollitos sin robarlos; luego come pollitos quiere decir ladron de gallinas.

Dice así:

¡O vos gran monitor! por quien la fama
Corriendo cual Bellaca vaquillona
De vuestra teo-vestiálica persona
Lenguas se vuelve, estercolea y brama.

Dejad al periodista que se lama
Con tu filantropismo nunca visto
Ignoraba que en pro de Jesucristo
Hay gente que a los prójimos infama.

Algunos tu querumen tal ponderan
Que quisieran volteártelo a moquetes
Esto al genio no amenguan: bien lo sabes

Sigue los teo-ridículos sainetes
Desde la Recoleta do no cabes
Hasta la Residencia do te esperan. (1).

El Padre Castañeda contesta con este otro soneto que titula "Soneto de Carancho contra el soneto de la baquillona" y que sin duda, hubiera regocijado a Quevedo.

"Siendo tú del Pegaso primo hermano
Eres tan mancarrón y apotrancado
Que nadie de las musas te ha ensillado
Y les comes de valde paja y grano.

De Jove por decreto soberano
Debieras relinchar y has rebuznado,
Atronando de diosas el senado,
Con tu canto bacuno, hueco y vano,

Sal de ese sacro monte, gran jumento,
Te lo dice Carancho el que ha perdido
Su juicio entre panfletos y gacetas.

La alfalfa y la cebada es tu alimento
Te lo dice Carancho el ofendido
Por tus quadripedánticas macetas". (2).

(1) "El Americano", diciembre, 1819.

(2) En todos los escritos que se citan se ha respetado la ortografía de los textos que hemos tenido a la vista.

No es el caso de hablar aquí de la coexistencia de la razón con la locura. Todos los psiquiatras conocen la admirable lógica de ciertos sistematizados. Por otra parte, la alienación mental no es un obstáculo para la creación literaria. Existen muchos “verdaderos poetas de las casas de alienados”, decía Lombroso. El delirio pasional del Padre Castañeda despertaba sus aptitudes de polemista y de escritor satírico. En las enfermedades mentales — dice Voivinell ⁽¹⁾ — como en la literatura, los estados afectivos, — emoción, sentimiento, — tienen una influencia más grande aún que la inteligencia y la razón; por eso es fácil comprender que la anomalía mental, la locura, no se opone al talento literario, y que éste puede coincidir con la melancolía, la manía y la degeneración”.

La psicosis del Padre Castañeda, edificada sobre elementos paranoicos e hipertímicos lo transforma, episódicamente, en un brillante “profesional de las letras satíricas”. Si algunas veces tuvo acierto, fué porque era un loco que tenía talento. Nada de eso hubiese sucedido si se hubiere tratado de un débil mental, hipertrofiado por la paranoia y agitado por la manía.

La incontenible graforragia del Padre Castañeda, llegó a volcarse en siete periódicos, número minimum, que necesitaba “para reformarlos a todos”, como él decía, del filosofismo del siglo XIX. Por los títulos se puede inferir el contenido macarrónico.

Después de la “*Primera y Segunda amonestación al americano*”, le sigue el “*Desengañador Gauchi-político, Federimontonero, Chacuaco-oriental, Choti-protector y Puti-Republicador de todos los hombre de bien, que viven y mueren descuidados en el siglo diecinueve de nuestra era cristiana*”; el “*Despertador Teofilantrópico místicopolítico*”; el “*Paralipómenon al Suplemento del Teo-Filantrópico*”; “*Suplemento al Despertador Teo-Filantrópico Místicopolítico*”; el “*Defensor del Teo-Filantrópico Místicopolítico*”; “*Doña María Retazos, de varios autores trasladados literalmente para instrucción y desengaño de los filósofos incrédulos que al descuido y con cuidado nos*

(1) Voivinell: *Literature et folie*.

han enfederado en el año veinte del siglo diecinueve de nuestra era cristiana'; "Eu nao nse meto cob ninguem"; "La matrona comentadora de los Cuatro periodistas". "La guardia vendida por el centinela y la traición descubierta por El Oficial del Día". "La Verdad Desnuda". "Derechos del hombre" y cinco más...

Lombroso ha señalado la laboriosidad extraordinaria de estos desequilibrados, que se asemeja a la del genio, sin tener su fuerza y su eficacia.

Arnaud, el defensor del jansenismo, dejó ciento cuatro volúmenes, hojarasca de la que nada ha quedado. Antonieta Bourignon, célebre visionaria de la misma secta (Voltaire, Slécle de Luis XIV), imprimió de su peculio diez y nueve gruesos volúmenes que contenían sus sueños piadosos. Chambonas, obispo de Viviers en 1692, vivió diez años continuos en París, encerrado en una pieza, escribiendo todas las noches sobre el tema: "Los Fanáticos de Languedoc". Enfermó a varios secretarios. (Citados por Culliére).

Swedenborg, ilustre visionario del Siglo XVIII, dotado de actividad prodigiosa, de inteligencia notable y variada, a ratos literato, poeta, hombre de ciencias teóricas o prácticas, es talvez el más original de los alienados místicos que se hayan estudiado. Su fecundidad científica y literaria, fué prodigiosa. (Gilbert Ballet).

De esta índole fué la producción del Padre Castañeda. No se podría apreciar si su verborrea superaba a su graforragia, o si su graforragia ahogaba su verborrea. La ciudad vivió bajo la lluvia de sus papeles. No era una lluvia menuda, suave y penetrante, que por menuda y suave resultara silenciosa. No. De ninguna manera. Era lluvia de tormenta. Era una granizada gruesa, estrepitosa y destructiva que hería a diestra y siniestra, sin fijarse a quien. Por momentos era torrencial y acompañada de truenos y relámpagos.

Dios

Hoy Nuestro Padre, Juan y Rogint

La solemnidad de la Catedral del Rincon de San Jose, sea el proximo Domingo, y el Nuevo Siguenza se dice la primera Folia en la nueva capilla: las Campanas de Forondona y de los Alencaltes estan destinadas para el servicio del Rincon; pero el traerlas para esos dias es imposible; con esta virtud suplico a V. S. se sirva proveerme de una Campana, que sera devuelta inmediatamente que lleguen las propias: Espero esta gracia de una Corporacion tan interesada en la civilizacion religiosa de los pueblos, como tambien en las demas gracias que V. S. tubiere por conveniente.

Dios guarde a V. S. muchos años.
Lima Die Diciembre 19 de 1829

El Sr. D. C. Cortáez

V

El delirio de reivindicación

El delirio con sello paranoico no representa otra cosa que el desarrollo máximo de los elementos de la constitución paranoica. Un sujeto puede pasarse toda la vida siendo un pequeño paranoico, un semi-alienado y montar la guardia en las fronteras de la locura. Pero puede acontecer, y acontece, en forma progresiva o en forma aparentemente súbita, que el pequeño paranoico penetra decididamente en el área de la alienación mental para edificar un delirio sistematizado.

La deformación paranoica del Padre Castañeda estaba a la vista desde su iniciación en la vida conventual de Córdoba, y sus anomalías de conducta se hicieron cada vez más acentuadas y llamativas desde su ingreso en los Recoletos.

Podemos afirmar, categóricamente, que antes de su discurso de 1818, había pasada "las fronteras". Y las había pasado, en forma decidida, para no retroceder nunca más. Fué, cuando había dividido a los hombres en *teócratas* y *anti-teócratas*; "cuando empieza a abusar de la palabra *Theos* para todas las cosas insólitas de su teocracia y de su *teofilantropismo* y no a derechas sino como decía la gente, a topa tolon-dros y como un fakir del Indostán" (Capdevila); fué cuando inundaba la ciudad con sus comunicados, boletines, cartas abiertas, firmadas con hilarantes pseudónimos, como Fray Cipriano, el lego de Fray Cipriano, o como Bartolo el Tonto y el Hermano Conejo.

Estos hechos son suficientemente elocuentes para demostrar el desequilibrio que afectaba al Padre Castañeda. No olvidemos que se trata de un sacerdote que pertenecía a la Orden de los franciscanos. Sus predicaciones eran cuadros clínicos de los paranoicos excitados: "siempre de un mismo corte, que era este: andarse todo el sermón juntando cólera para los duros golpes que en llegando a la moralidad descargaba". (Capdevila).

En aquel discurso inaugural de la Academia de Dibujo se descubren algunos paralogismos y apuntan ideas megalómanas. Su reverencia consideraba el dibujo como la columna vertebral de la enseñanza infantil, además de la *náutica*, la *arquitectura civil, militar y naval* (!), y a los miembros de su Sociedad Protectora del Dibujo, "*los primeros héroes de Sud América*". (!)

El artículo en que trata de probar que el sistema de Lancaster fué inventado en la corte de Luis XVI y ensayado con su apoyo, en 1780, por el maestro y oficial católico M. Paulet — hasta que la Revolución Francesa dió con la escuela en tierra y con el rey en el cadalso —, es un modelo de la argumentación paralógica de estos paranoicos, que defienden sus ideas prevalentes con perspicacia, habilidad y astucia. Si para defender el liberal y revolucionario sistema lancasteriano, indudablemente nocivo para el dominio de la Iglesia "hacen falta razones casuísticas y citas de la escritura, allá irán", dice Capdevila. Y el pobre Padre se puso a "*lancastear*". Esta constelación de ideas fijas sobre la educación pública ha de permanecer inmutable en medio de su delirio político-religioso. Vendrán otras ideas a fijar su atención en forma epistémica, pero aquella constelación primitiva dará a su delirio, su luz esplendorosa.

Cuando en el año 1818 sube al púlpito de la Catedral para congratularse de recibir en la Congregación del Alumbrado Místico a Juan Martín de Pueyrredón, se encara con éste y con ademanes descompuestos y voz tormentosa sostiene la tesis de "que la libertad política sin la piedad religiosa sería un libertinaje peor mil veces que la misma esclavitud", y le dice: "V. E. es ya un incendiario público" porque debe propagar sin duda, el fuego divino de la fe. Cita a Voltaire y a Rousseau, como si fueran compañeros de parranda: "el amigo Volter (sic.) y el amigo Juan Santiago...".

Ahora bien, frente a las anomalías de conducta del Padre Castañeda durante el año de 1818-1819, se pregunta Capdevila "si estamos ya en las antevisperas de la tormenta, a un punto de su desmandada aparición callejera, con la cruz hecha innoble garrote en la diestra crispada".

Nosotros también nos hemos preguntado: ¿Se inicia en este año un nuevo ciclo en la vida mental del Padre Castañeda? ¿Va a comenzar otro tiempo inconexo con el primero? ¿Será tan distinto en el segundo acto de su turbulenta vida, que en esta nueva época se nos aparezca como otro personaje? ¿Surge una personalidad nueva con gestos más extraños? No. El hombre ha sido siempre el mismo, egofílico, hiperestésico, turbulento, combativo y patológicamente altruista. El mismo que abandona el convento de Córdoba por "discolo y perturbador"; el mismo que se insubordina al Provincial de los Recoletos en forma agria y descomedida; el mismo que hiere con sus sátiras al Padre Montero y a Fray Cayetano Rodríguez; el mismo que peleará con Lafinur y Juan Cruz Varela; el mismo que refirirá con el Coronel de la Quintana; el mismo que en su diabólica lucha con Cavia y con Agrelo le dirá a sus divertidos lectores que sale a la liza "*para poner a la muerte a tanto vampiro de la revolución americana*".

Lo que sucede en 1819 es que un incidente provoca la cristalización definitiva del delirio, como un minúscula grano de arena precipita un líquido saturado. La causa es pequeña en relación al efecto que es evidentemente desproporcionado. Desde ese momento, un sistema de ideas político-religiosas se organiza en forma estable, sólida, indestructible. La idea fija prevalente, decía Dupré, invade la conciencia rechazando toda otra preocupación y se hace tiránicamente obsesionante, orientando y dominando a la actividad mental. Toda su potencia afectiva la extrae de un estado pasional intenso. Se despierta una necesidad irresistible de reivindicación, de lucha irrefrenable para obtener el triunfo de las ideas mórbidas. Por poca inteligencia que tenga el sujeto, por poca imaginación que posea, estos enfermos razonan con maravillosos recursos de una argumentación inagotable. (1).

El incidente lo provocó "El Americano", diario de Cavia, en su novena entrega del 28 de mayo de 1819. Un comunicado anónimo delataba supuestas flagelaciones en los escolares del Colegio de San Francisco. ¡Qué certeras flechas para excitar un paranoico del tipo expansivo! La "Primera Amonestación

(1) Dupré: Pathologie de la emotivité et de la imagination. Parfs 1920.

al Americano" que publica el Padre Castañeda y reparte personalmente de casa en casa hace reír a la ciudad entera. El loco tiene gracia. Hay mucha sal y pimienta en el sabroso plato. Pero pronto va a empezar su graforrea y anuncia el título de un terrible pasquin: "*El Monitor macarrónico o el citador y payaso de todos los periodistas que fueron, son y serán, o el Ramón yegua, Juan Rana, Tirteafuera y Gerundio solfeador de cuanto sicofante se presentase en las tablas de la Revolución Americana, para que Dios nos libre de tantos seudófosos, de tantos duendes, fantasmas, vampiros y de otras inocentes criaturas que no tienen más manos para ofendernos que las que nosotros les damos*". Nada más por ahora.

Si las "Amonestaciones al Americano", según Feliciano Cavia, abren el registro de su procacidad, el "Monitor Macarrónico" y los que van a seguir, abren ancho cauce a su leli-rio pasional. Desde aquel entonces, desata su lengua incontenible, que siempre tocará a arrebató, como badajo de campana. Desde aquel entonces su pluma baila, alegre o furiosamente sobre innúmeros papeles, trazando graciosos arabescos o negros borrones. Jamás escribe con linfa clara y dulce. Usa siempre agua salada o verdosa bilis.

En todos los periódicos que hemos citado anteriormente y que continuaron a las amonestaciones, se desarrolla su sistema delirante político-religioso. En su periódico "Derechos del Hombre" que publica en 1825 en Santa Fe, y que hemos encontrado en el Museo Mitre, aparecen sin haber disminuído su vitalidad las mismas ideas delirantes. Dicho periódico tenía como subtítulo el siguiente, que responde a la realidad de su contenido: "*Discurso histórico-místico-político-crítico-dogmático sobre los principios del derecho político*". Ataca en él a Juan Santiago y a su contrato social y la emprende también con un Monseñor Prat, Obispo belga que ensalzó a Rousseau. El prospecto que anuncia su aparición es extenso y en él se muestra de cuerpo entero: "*Mi objeto principal — dice — en todos los números de este periódico será instruir el ánimo de los héroes hispano-americanos*". "*Mi deber — agrega —, es componer en obsequio de los americanos un trabajo difuso, en el cual los derechos del hombre no aparezcan aislados, ni por un aspecto sólo, sino perfectamente concordados con la historia sa-*

grada, y profana, sin excluir la historia moderna de Norte América; los derechos del hombre perfectamente concordados con la mística o con lo sublime, y anagógico, de nuestra religión santísima" (1).

Estas elucubraciones macarrónicas divierten durante cierto tiempo, pero a la larga tienen la propiedad de los opiáceos. El discurso "histórico-místico-político-crítico-dogmático" sobre el contrato social es tan largo y pesado, que de ello parece apercibirse el mismo autor y en el número 4 da una explicación a los pacientes lectores. Se titula: "*Satisfacción que dá el autor por no haber podido concluir ni aún en este número 4, la disertación que empezó en el número 3*". He aquí la satisfacción, donde vuelve a aparecer, con su delirio pasional: "*Es imponderable lo que me aflige por acabar de enjabonar el pacto social de Juan Santiago, para establecer yo, y proponer mi sistema político; pero como Juan Santiago, y su pacto, son la cloaca donde se encierra todo el mefitín y corrupción del orbe político, de aquí es que todo el jabón del mundo no alcanza para desleír este meconio; por otra parte yo no quiero proponer sistema mientras haya un solo jacobino vivo en este mundo*". (1). El Padre quería comerse a todos los jacobinos crudos o cocidos.

El caso del Padre Castañeda se presenta al médico psiquiatra sin interrogantes. El cuadro clínico no puede ser más completo, más preciso, y más claro. Los dos elementos esenciales que integran los psicosis de reivindicación, la idea obsesante y la excitación maniaca se encuentran a la vista en los escritos y en los actos del Padre Castañeda. En un terreno constitucional paranoico y ciclótico germinó un delirio pasional de reivindicación político-religioso. Las ideas y los sentimientos pasionales mórbidos, están agitados por un soplo maniaco. No creemos que la excitación ideo-afectiva sea una consecuencia de la idea prevalente. Creemos, por el contrario, que la excitación es primitiva y de ninguna manera secundaria y accesoria. El caso de Castañeda lo demuestra: fué un excitado constitucional mucho antes de la cristalización de su delirio. Aún más, años antes de morir, cruzó por

(1) Castañeda: Derechos del Hombre, 1825. Museo Mitre.

un período de depresión melancólica, que Saldías describe con exactitud y colorido, sin apercibirse de su carácter mórbido. Este último estado, vendría a dar la razón a los que sostienen que el delirio de reivindicación está injertado en una psicosis maniaco-depresiva.

De las dos variedades que presenta el delirio de reivindicación: la variedad egocéntrica y la altruista, el Padre Castañeda perteneció a esta última. Su filantropismo y su generosidad, sin control ni medida, caracteriza a estos desequilibrados, que sacrifican todo lo que tienen en la impresión de numerosos escritos, en la realización de utópicos proyectos y en las campañas de proselitismo. Cuando estos enfermos son internados, provocan conflictos familiares y escándalos periodísticos. Pocas personas sospechan su alienación y la mayoría habla de secuestros arbitrarios.

El Padre Castañeda no fué internado. No podía serlo. En aquella época se desconocían clínicamente las locuras razonantes. Después de 1832, Pinel y Esquirol parecen vislumbrarlas y recién en 1878 Falret describe el delirio de reivindicación. Sin embargo, los contemporáneos de Castañeda hicieron algo más que sospechar su locura: la afirmaron rotundamente. El soneto de Juan Cruz Varela vale un diagnóstico.

Y ahora, al llegar al final de nuestro examen, digamos que nunca nuestros ojos se vieron impedidos de ver la realidad, cómica unas veces, trágica otras, y casi siempre, tristemente alegre. Y esa realidad nos la mostró el mismo Padre Castañeda, desnudándose el alma. Fué un enfermo sin pudores, ni escrúpulos, generosamente entregado a la observación clínica. Nada de circunloquios, nada de reticencias, nada de simulaciones, ni de ocultamientos, ni de mentiras. Sin titubear, sin pestañar siquiera, nos mostró el alma desnuda, toda encrespada. Su destino fué tenerla en ebullición permanente. No conocía otra temperatura que la de ciertas cálidas pasiones. No se podría comprender la extraña psicología del Padre Castañeda si no se descubriese este sello de locura, tan

evidente en su delirio de actos, tan claro y nítido en muchos de sus escritos, tan discretamente borrado o ausente en otros.

La locura jugó locamente con esta pobre vida. Lo hizo casi siempre bufón, con abundantes y sonoros cascabeles — risotadas, pullas y epigramas— y lo hizo héroe civil, pobre y andrajoso. Lo hizo reír a carcajadas, mientras debió estrujarle el corazón, sin piedad ni consuelo. Lo hizo grande y pequeño a la vez. Lo hizo miserable y lo cubrió de lodo en la batalla; luego, en los momentos de respiro, tuvo algo de Quijote y con abnegaciones le lavó manchas. Algunas veces le encendió en el alma vívidas luces —parecía una anunciación— pero luego llenósele de sombras. Nos hemos preguntado muchas veces si estábamos en presencia de dos rostros ditintos, de dos almas opuestas, de dos vidas divergentes. Nó, ha sido la misma vida tempestuosa, sin equilibrio, multiforme y varia. Si el pobrecito de Asís, le hubiese preguntado, como pedía a Fray Bernardo que le preguntase: “¿De dónde viene tanta soberbia, a tí, que eres una vil criatura?” él hubiera podido señalar, sin inmutarse, a la Locura, que hacía muecas a sus espaldas.

Oswaldo Loudet.

LA HISTORIA DE LAS RELIGIONES

Por CLEMENTE RICCI

Si el valor de una disciplina científica se aquilata por su eficacia en promover la evolución del espíritu humano hacia la liberación del yugo del "principio de autoridad", peor que el yugo de la ignorancia, puede afirmarse sin vacilar que pocas ciencias ofrecen hoy interés y utilidad individual y social como la ciencia o historia crítica de las Religiones.

Desalojado el "principio de autoridad" de todas las ramas del saber por el "método científico", y desalojado con él el dogmatismo apriorístico y deductivo, mantiéñense ambos, sin embargo, atrincherados en el castillo del conocimiento religioso. La libre investigación, es decir, el método inductivo exento de postulados dogmáticos y de anticipaciones oraculares ganó su batalla en todos los campos del conocimiento, menos en el religioso. Aquí impera aún el dogma burdo, absurdo y agresivo; o bien perdura el escepticismo burlón y abstinerente, tan anticientífico como el dogma. La cultura argentina, poniéndose a tono con la cultura universal, considera como problema todo fenómeno en el cosmos y en la historia; pero no el fenómeno religioso. El fenómeno religioso es, para ella, axioma. Axioma positivo o negativo. Positivo para los que se dicen creyentes, negativo para los demás.

Es este el punto — tal vez único — en que la cultura argentina ha quedado rezagada con respecto a las culturas hegemónicas.

En éstas el fenómeno religioso no es axioma sino problema; y no sólo es problema sino que es el problema central y medular de las ciencias históricas, filosóficas y sociales. Elimínese el problema religioso de la cultura alemana, inglesa

o francesa y quedarán reducidas a un cuerpo sin alma, a una llama sin luz.

¿De dónde proviene esta diferencia desfavorable para nosotros? La respuesta es obvia. La herencia colonial predomina aún en esta parte de América, y con ella la oposición con que España, por causas históricas bien conocidas, persiguió la crítica religiosa. La religión ha sido en sus manos un instrumento de unificación nacional y de conquista; la Iglesia, a su vez, que ha sido la aliada de España en la unificación estadual y en la conquista, tiene su única razón de ser en el dogma. Esto nos da la razón de la implacabilidad con ha sido combatida la crítica religiosa por el Estado y por la Iglesia, en España y acá. La discusión religiosa que atacaba el dogma, se extendía por proceso ineludible a los fundamentos políticos y sociales del Estado, y el común peligro mancomunaba la Iglesia y el Estado contra la herejía primero, contra la ciencia después como incitación revolucionaria a la transmutación de las bases sociales. En el Imperio hispánico se renovó, por obra de la herejía y de la crítica, la situación creada en el Imperio romano por el advenimiento del Cristianismo, el cual ha sido precisamente herejía y crítica religiosa. Diocleciano revivió en Felipe II.

Lo que no tiene explicación, lo que cuesta comprender es, en cambio, la persistencia entre nosotros de esta oposición aun después del sacudimiento del año 10 que, junto con la independencia trajo una revolución del espíritu público tan completa como para transformar, en poco más de una generación, al hombre argentino en hombre francés en cuanto al sentir y al pensar, en hombre inglés y norteamericano en lo que respecta al concepto del Estado democrático y liberal. Es un enigma, pues; la indiferencia, podría decirse, la antipatía argentina para la crítica religiosa.

¿Cómo pudieron descuidar tan completamente, los contemporáneos de las presidencias históricas de Mitre, Sarmiento y Avellaneda, organizadores de las instituciones culturales argentinas sobre el modelo francés, un elemento de cultura que en las escuelas de Francia gozaba de preferencia tan excepcional? Recuérdese que ya en el año 1886 la *École Pratique des Hautes Études* organizaba su *Section des*

Sciences Religieuses nada menos que con once cátedras en las que se explicaban: las religiones del extremo oriente y americanas; las religiones de la India; las religiones de Egipto; las religiones de los pueblos semíticos; las religiones de Arabia; las religiones de Grecia y Roma; las historia de los orígenes del cristianismo; la literatura cristiana; la historia del dogma; la historia de la Iglesia; la historia del Derecho canónico. Y como si la acción inmediata de esas once cátedras no hubiese sido suficiente, se generalizó su enseñanza con la publicación de una **Bibliothèque des Sciences Religieuses** y de la famosa **Revue de l'Histoire des Religions** con las que Francia se ponía a la altura de Alemania e Inglaterra en una ciencia elaborada en ella por hombres de la talla de ambos Cocquerel, padre e hijo, ambos Réville, padre e hijo, Renan, Loisy, Guignebert y toda una pléyade de sabios.

¿Las dificultades económicas? Ciertamente la Argentina de Caseros y Pavón no podía ponerse al nivel de la Francia del segundo Imperio. Pero ahí estaba le ejemplo de Italia que, a pesar de debatirse por esa misma época, en dificultades de todo género, no descuidaba el gran problema cultural.

Ya en el año 1861 enseñaba Filippo Abignente, en la facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Nápoles, Historia de la Iglesia; en 1873 enseñaba Historia de las Religiones. La obra de Abignente, innegablemente mediocre, tuvo, sin embargo, un gran mérito. El de preparar el terreno al esclarecido Mariano quien, a su vez, fué sucedido por Labanca, uno de los críticos más apreciados en la actualidad. Luego los italianos se distinguieron en la aplicación del método filológico a la crítica religiosa. Teza, el gran indianista a quien debemos obras fundamentales sobre el Budismo, ha sido profesor de sánscrito y de Historia comparada de las Lenguas clásicas en la Universidad de Pádua. Kerbaker, sanscritista ilustre de la Universidad de Nápoles, es autor de estudios sobre mitología comparada, el culto de los muertos y la poesía rigvédica que, con sus traducciones del **Mahâbhârata** y del **Bhagavadgîta**, son muy apreciados. Lo mismo dígame de las obras de Puini y Pavolini. ¿Recordaremos a Chiappelli, cuyos estudios sobre literatura cristiana y cristianismo primitivo, son bien conocidos, entre nosotros? No

todos, en cambio, saben lo que la crítica religiosa debe a Celestino Schiaparelli, profesor de árabe, y a Ludovico Nocentini, profesor de chino, autores de escritos excepcionalmente valiosos sobre religiones orientales. Como hebreístas bastará mencionar a Scerbo, profesor de hebreo en el **Regio Istituto di Studii Superiori** de Florencia, a Castelli, profesor en el mismo **Istituto** y a Guida profesor de hebreo y de idiomas semíticos comparados en la Universidad de Roma. Discípulo de Guidi ha sido el Príncipe de Teano, don León Gaetani, el famoso arabista cuyos **Annali dell'Islam** gozan de tanta estimación entre los entendidos. A la ciencia del cristianismo se ha dedicado en Italia, y se dedica actualmente, una verdadera legión de occidentalistas que hacen figurar con honra a su país en el mundo de la cultura, a más de Mariano y Labanca ya nombrados, Bonghi, Minocchi, Bonajuti, Fiori y otros.

El ejemplo de Italia tiene especial valor para nosotros. No obstante su tradición secular, Italia ha tenido que crearse una cultura nueva luchando con dificultades tan graves, sino más, como las que obstaculizaron la formación de la cultura argentina. Téngase en cuenta, para la crítica religiosa, que Italia es la sede del Papado cuya oposición a los estudios religiosos ha sido siempre implacable, y que si esta oposición fué ejercida directamente y sin reparos durante los gobiernos reaccionarios, no lo fué menos, aunque indirectamente, en la época de los gobiernos liberales. La presión electoral del Vaticano ha sido siempre el terror de los gobiernos masónicos.

Por otra parte, ni la historia argentina ni la de España pueden ser comprendidas debidamente de no tener en cuenta en ellas, pero en forma realmente científica, el factor religioso. En la historia de España el problema de las herejías, y en la historia argentina el complejo fenómeno de la disidencia religiosa que surge y se pronuncia netamente en la Colonia, hace crisis en la Independencia y tiene su hombre representativo en el genial Ramos Mexía, son elementos de comprensión básicos, de los cuales no es ya posible prescindir. Y además: está bien imitar las instituciones norteamericanas, pero hay que comprenderlas previamente. Y para

ello es indispensable comprender el *substratum* religioso que las inspiró, las organizó y las mantiene. Está bien proclamar nuestra admiración por las democracias anglosajonas; pero estas democracias han sido la resultante de la crítica religiosa la cual formuló el explosivo que hizo estallar las Revoluciones británicas y americana como consecuencia de la Reforma en sus dos ramas, la luterana y la calvinista, y como antecedentes de la Revolución francesa y de la social en ciernes. Podrá ponerse en duda la eficiencia del factor económico en su valoración marxista; pero nadie impugnará la acción que en la historia de nuestra humanidad occidental ha ejercido esta idea-fuerza insistente, pertinaz, incansable en el proceso evolutivo de la sociedad, que se encarna en el factor religioso y que brota y retoña sin cesar en el sucederse de las generaciones. Para los americanos hay un motivo particular de interés en el estudio de la Historia de las Religiones. Y es que por ella se comprueba como el origen de la civilización universal estriba en la Religión solar de la que los americanos han sido inventores y propagandistas tenaces. La ciencia religiosa nos ha dado la clave del significado astronómico-religioso de los monumentos de la América precolombina; ayer nos explicaba los grabados de nuestras grutas cordobesas; hoy nos revela el misterio del monolito de Tiahuanaco, manifestación estupenda del arte y de la ciencia religiosas de las poblaciones americanas primitivas.

Y entiéndase bien: la Historia de las Religiones, como toda historia bien trabajada, no es saber académico ni erudición muerta ni tema de cenáculo. La Historia de las Religiones es materia viva y palpitante en todos los problemas actuales. En Rusia, por ejemplo, para trastocar el espíritu y la mentalidad secular de una raza no se halló otro medio que enseñar la ciencia de la Religión: es lo que llaman los adversarios del régimen soviético "enseñar el ateísmo". Lo mismo ha hecho la Revolución francesa con sus enciclopedistas, la Reforma con sus críticos bíblicos, el Renacimiento con sus humanistas, la filosofía griega con sus sofistas, el pensamiento primitivo indo-germánico con su escuela jonia. Hemos aludido al factor religioso como explicación de la lógica

interna en la acción política de las revoluciones europeas. De idéntica manera podríamos referirnos al mismo factor como la lógica que armoniza esas revoluciones también en su acción espiritual. ¿Quién no reconoce en la doctrina socialista una idealización marxista del pensamiento hegeliano, y en el comunismo ruso y en el fascismo italiano una realización del mismo pensamiento? Pues bien: si el pensamiento hegeliano se vincula estrechamente al kantiano en la reelaboración de Fichte y de Schelling, ¿cómo puede concebirse a Kant sin la escolástica, la escolástica sin Aristóteles, Aristóteles sin la formidable eclosión del pensamiento jonio del siglo VI? Hegel es todo un filósofo griego de la gran época. Su conocimiento profundo, inmediato, de primera mano de la filosofía griega de la era clásica, explica el "devenir" de su sistema al través de los otros sistemas. Se ha dicho que el sistema de Hegel es el de Spinoza refundido en Kant, pero más exacto habría sido decir que el sistema de Hegel es el Idealismo de Heráclito expresado en términos de la especulación actual; es la crítica religiosa puesta como base de la filosofía y de la Historia.

La Religión, siempre la religión como problema y como guía. Su estudio es como la brújula que en el mar bravío de la historia nos señala el norte de la verdad. De la verdad y de la libertad, porque verdad y libertad son términos correlativos. Sigamos su rumbo a través del misterio sin fin. Por él hemos de llegar, tarde o temprano, a las regiones serenas en las que la crítica religiosa podrá desenvolverse, como las demás ramas del saber, en toda su posibilidad, libre al fin de la coacción dogmática y del recelo reaccionario.

Clemente Ricci.

POESÍAS.

A M A R G U R A

*Dolor que en su vida la desesperanza
Hizo escepticismo;
Tragedia que lanza
Su grito en la noche de cruel pesimismo,
En forma de incierta
Sonrisa amargada, que sabe a flor muerta!...*

*Profundo dolor,
De la que fingiendo
Preguntado sonriendo:
—¿Y usted cree acaso que existe el amor?*

GUIGNOL

*Tengo un deseo que tenaz me asedia,
Y es el de hacer contigo una comedia.*

*Seremos Arlequín y Colombina.
(Como tú ves una, comedia fina).*

*La luna, en esta noche tan serena,
Ha de bastar para alumbrar la escena,*

*Que ha de ser, claro está, algún sitio de esos
Con cisnes, lagos y rumor de besos.*

*Buscaré el argumento en un instante:
Te quiero... tú me quieres... va es bastante.*

*Y si acaso faltaran personajes,
Usaremos abstractos... Sin ambajes,*

*Concretos, no! Porque en verdad no quiero
Que haga de esto un sainete algún tercero.*

*A ver: primero, una señora fría,
esquiva y tornadiza: La Poesía.*

*Un señor que importuna a cada rato,
Y a quien podríamos llamar Recato.*

*(El Placer, El Deseo y sus afines
La Súplica y La Duda, partiquines).*

*La media luz que verterá en la escena
La bambalina de la luna llena,*

*Perfilará de azul el movimiento
Del títere común: el Sentimiento.*

*Y pues falta el conflicto, puede verse
Que todos lucharán por imponerse.*

*Y en la lucha será la que decida,
Una "vedette" que se llama Vida.*

.....

*El Dolor, que total, es un fantoche,
Hará mltis final, por esta noche.*

H A S T I O

*Sufrir como oficiante de un monótono rito
La pesadez del tiempo y el ritmo de la hora,
Teniendo ante los ojos, ansiosos de infinito,
La prosa cotidiana, tenaz y abrumadora.*

*Plagiar imperturbable del ayer el mañana,
En una línea recta que nunca se termina,
Y mecánicamente, vivir cada semana
Los lugares comunes de la eterna rutina.*

*Y aguardar con estoica paciencia renovada,
Algún suceso nuevo... sin que suceda nada!*

ALBERTO L. SCHAUENBERG

EL GENERO HISTORIOGRAFICO

Y SU LOGICA CLASIFICACION (1)

Por ROMULO D. CARBIA

En la historia de la historiografía, es fácil advertir, sin la exigencia de llegar al esfuerzo, dos grandes núcleos que polarizan todo el haber del género: la producción espontánea, y por ello mismo simplista, y la dogmatizada que a causa de ello también, debe ser por fuerza parsimoniosa y grave. Al primer grupo pertenece todo cuanto se ha escrito sin otro motivo que el de recordar — ¡Cualquiera tiempo pasado fué mejor! (2) — y que obedeciendo a directivas genuinas del espíritu humano, es, por esencia, cosa de entretenimiento y de deleite. Hasta su forma pristina así nos lo revela, desde que fué en versos y a veces para las gentes que

(1) Fragmento de un libro en prensa titulado: *La crónica oficial de las Indias Occidentales*.

(2) Repeto que no debe tenerse por exceso inútil o pedantesco, una breve disquisición sobre lo que expresa el recordado verso de Jorge Manrique. Y por que tal cosa creo, me empeño en la exposición que sigue.

Es de conocimiento escolar que el poeta de las Coplas, escribió la composición en la que va contenido lo transcrito arriba, en la angustia que le produjera la muerte de su padre. Por eso, pues, resulta visible que refleja algo simplísimo que viene de una síma muy honda del espíritu. Diríase que el vate estuvo tocado por el mismo soplo inspirador que dictara aquella sentencia incomparable, por lo que tiene de evidencia rotunda, que el *Eclesiastés* (I, 2) sintetiza exclamando *vanidad de vanidades*.

En ello finca, a decir verdad, la opinión aceptable de que puede considerarse un apotegma éste como lamento del poeta. En efecto: los hombres de todos los tiempos, cuando, por cualquiera eventualidad, volvieron la vista a lo pretérito, fueron alcanzados por la aforanza de lo que ya no era. Y para su deleite recordaron. Por tal anhelo de exquisitez, yendo a cosas del tema presente, los historiadores románticos del siglo XIX moviéronse hacia el hipocréne de lo antiguo, que, como se recordará, los racionalistas predecesores suyos, habían cubierto de desprecio y asateado con impiedad incontenible. Evidencias semejantes a las que expresa Manrique, fueron, también, las que engendraron ciertas formas de la historiografía cuyo pragmatismo estaba denunciado en el propósito de que la crónica, al revelar cómo había sido el pasado, sirviera para rectificar la

se reunían con motivos rituales, cómo se compusieron las primitivas narraciones que debemos considerar historiográficas. (3). El segundo grupo lo forman los relatos que nacieron a impulso de una intención concreta, no hace al caso de qué índole. Y es de señalar, que así como en las producciones del primer conjunto, la conquista de la verdad sólo preocupa a partir de la creación de la historia propiamente tal, y a penas como una simple cuestión metodológica, en las del segundo a que quiero referirme, no acontece lo mismo. A la exactitud se la tiene aquí muy en cuenta: para afirmarla de modo categórico, o para huirla con propósito de hacerlo. La historiografía pragmática, según se echará de ver, cae, pues dentro de tal agrupación de obras literarias. La otra, por lógica, incluye las producciones de los poetas primitivos,

conducta del presente. En ese caso se hallan los anales de algunos pueblos primitivos y — como luego se verá — no pocas crónicas de los señores de Castilla. Recordar por el placer de gustar de nuevo lo mejor, como lo fué en el caso general, o hacer memoria de lo pretérito por anhelo de ceñir la conducta a las directivas pristinas de ella, como aconteció en las formas historiográficas a que he querido recientemente referirme: es, de cualquier modo, cosa que tiene una fuerza interior idéntica: el concepto de que lo ido resulta, a todas luces, superación del presente. Claro está que se trata aquí de cierta visión de las cosas, ante todo emotiva, y por ello sólo de condicional aceptación. Pero innegable resulta, que como quiera que fuere, tal modo de considerar la realidad ha sido común a todos los estados de la civilización, cosa que probaría lo auténticamente genuino que en nuestra naturaleza es el sentimiento de anhelar todo retorno del pretérito, como si ello constituyera la palmaria realización de cuanto más apetece en la vida. De ahí porque, en definitiva, deba reputarse, así como lo propongo en el texto, esa historiografía simplista que separo del conjunto de la que considero realmente pragmática y dogmatizada. La primera es, sin disputa, producto exclusivo del sentimiento, en tanto que la segunda lo es del cálculo y de la reflexión que siempre lo acompaña. Y aunque no fuese nada más que por eso, parece incuestionable que entre una y otra hay diferencias esenciales que legitiman tal separación.

(3) José Caveda en un trabajo titulado *La poesía considerada como elemento de la historia* (Academia española: "Discursos", tomo I, págs. 333 a 357) ha teorizado, a mi juicio con éxito, acerca de que "los cantos populares conservan la memoria de los héroes y de los acontecimientos", y ha puesto en evidencia que en España el romance fué siempre "la crónica de la muchedumbre". Como en el mismo trabajo se señala, tal concepto coincide con el de Argote de Molina, para quien "en la poesía popular española se halla encerrada toda la crónica de Castilla".

(4) Por vía de contribución a la obra de cimentar en suelo firme los fundamentos de cuanto expongo en el texto, me resuelvo a formular las recordaciones siguientes.

Croiset (*Historie de la littérature grecque*, II, 2a. edic. p. 544 y 545) ha hecho teoría acerca del significado de las voces: *historiador* y *logógrafo*, para llegar a la conclusión de que la primera difiere de la segunda en

de los logógrafos griegos y de los que cultivaron el género que creara Herodoto. (4). Advierto que, de propósito, me concreto al proceso de la cultura occidental, porque no hacerlo equivaldría a desnaturalizar la legitimidad de esta visión que ensayo. Y bien pues: desde el arranque originario con Tucídides, para quien el relato histórico debe cultivarse en razón de que es un verdadero instrumento de gobierno: la historiografía del segundo grupo que acabo de establecer, ha venido evolucionando hacia formas de finalidad concreta y utilitaria, en cuya fijación, lógicamente, han influido las necesidades de cada era y de cada cultura. He mentado a Tucídides y he fijado en su obra el punto de partida de la historiografía con pragmatismo político. Lo hice a sabiendas con sujeción a la veracidad histórica y para documentar el

cosa substancial. El término **logógrafo**, según tal modo de ver, sólo denuncia condición de escritor, en tanto que "istoricós" expresa, de conformidad con su etimología, la idea de hombre que investiga, que se informa por sí mismo de lo verdadero, y que realiza tareas como de encuesta. Y esto ocurre porque "istoria" significó, primitivamente, lo que ahora las palabras francesas **recherche** o **enquête**. Claro resulta, así, que sólo puede hablarse de historia en Grecia a partir de Herodoto, el cual, según es sabido, realizó aquellos empeños que denuncia la voz recordada. Ello, a pesar, como entre Herodoto y sus antecesores no hubo otra diferencia que la de lo que podríamos llamar el método historiográfico, salta a la vista — y de ahí el por qué de lo asentado en el texto — que es a partir de Tucídides desde donde arranca la historia cuya producción debe constituir el grupo aparte que ya tengo sindicado. Aunque sin usar un **modus operandi** idéntico, los logógrafos parecen con Herodoto y su escuela en la intención motora: saben de cosas del pretérito. Podría decirse que al primer historiador griego y a su séquito en el tiempo, les corresponde un agregado tipificador — el de que han tratado de conocer lo mejor que les resultara posible, — pero con el aditamento y todo, no es dable negar que se movieron dentro del campo cercado que les atribuyo. Tucídides, en cambio, llevó las cosas a más lejos. Trascendiendo los límites del simple conocer por conocer, ideó el uso de tales noticias en provecho del mejor gobernar, y proclamó el principio fuente del pragmatismo historiográfico.

El lo concretó a lo político de las esferas superiores, pero con el correr de la cultura, y después de pasar por la concepción de Jenofonte, que le agregó el moralismo propio de su ideología — que era la de un monarquista anti-democrático, — la historia pragmática alcanzó los últimos límites de esa universalización que tan claramente caracteriza la definición ciceronina: historia, **magistra vitae**. Todo esto delante, interesa establecer, para la finalidad que persigo, que en la corriente historiográfica cuyos orígenes quedan señalados, hubo distintas bifurcaciones, que muy a pesar de cualquier desmentido dado por las apariencias externas, no llegaron a modificar lo esencial de la tendencia. Esta marchaba hacia el bien gobernar, referido por unos a lo propio del Estado y por otros a lo individual de las personas, pero, considerado, siempre, como el único objetivo noble de toda recordación. Y la evidencia de esto es lo que escuda los entroncamientos y las filiaciones de fondo que, en las páginas que siguen, iré haciendo entre la historiografía clásica y la de los tiempos posteriores.

abolengo de la crónica oficial castellana, que, con el agregado de la cristianización a fondo del propósito, respondió, también, a una objetividad incuestionablemente análoga, y para dejar establecido, de igual modo, que la crónica mayor de las Indias, que constituye el tema central de mi trabajo, es simple rama nueva de un tronco añoso, cuyas raíces se hunden, bien a pique, en la entraña del tiempo.

Filiada, así, por su naturaleza intrínseca la crónica oficial castellana, y asentada la aserción de que en su origen y en su desarrollo, lo propio que en su posterior prolongación indiana, tal género de producción literaria nada tiene que hacer con las que, en el conjunto de la historiografía occidental, constituye el primer grupo que antes señalara, corresponde analizar sus características predominantes. Tal es lo que me propongo intentar en seguida.

ROMULO D. CARBIA

EPITALAMIO A JUNIA Y MANLIO

FRAGMENTOS (1)

Por ANTONIO ALONSO DÍAZ

*Oh morador del monte Heliconeo,
Hijo de Urania que a la tierna virgen,
Para el varón la entregas, oh, tú Himen
Himeneo, oh, Himen Himeneo!*

*Ciñe a tus sienes bienolientes flores
de mejorana, y toma el rojo velo,
y ven aquí gozoso transportando
el níveo pié, bajo el dorado zueco.*

*Y animado por este fausto día,
cantando en argentina voz nupciales
versos, el suelo con los pies golpea,
y en mano agita la resínea tea.*

*Pues cual Venus, de Idalia moradora,
se allega hasta el pié mismo del juez Frigio,
Junia desposará, la buena virgen,
con su Manlio, bajo un feliz auspicio.*

(1) Catulo - Carmina Selecta LXI.

*Esplendente como arrayán de Asia,
en los floridos ramos, a los cuales
las juguetonas diosas Hamadriadas,
un húmedo rocío les esparcen.*

*Por lo cual, ea!, hacia aquí encamina
tu llegada, y a abandonar comienza,
tus grutas Aonias de los Tespios montes
en que Aganipe, fresca ninfa, riega.*

*Y la dueña al hogar llama enlazando,
con amor el espíritu anhelante
del nuevo esposo, cual tenaz al árbol
lo abraza aquí y allá, la hiedra errante.*

*Y vosotras también, conjuntamente,
doncellas puras, para quiénes día
legará igual, decid, vamos! a un tiempo:
Himeneo Himen, Himen Himeneo!*

*Para que oyendo, más gustosamente,
que es llamado a cumplir su cometido,
venga aquí el guía de la casta Venus,
enlazador de tiernos amoríos.*

*—Qué dios han de invocar con más respeto
los amantes?; — a cuál con mayor celo
de los celestés, admirarán los hombres?
Oh Himeneo Himen, Himen Himeneo!*

*Los padres a tí trémulos te invocan
para los suyos; libran portasenos
las doncellas y con amor te escuchan,
de tí temientes, los maridos nuevos.*

*Tú en persona, entregas la florida
doncella en brazos del muchacho fiero,
desde el tierno regazo de su madre
Himeneo Himen, Himen Himeneo!*

*Sin tí Venus no puede brindar nada
de provecho, que buena fama apruebe,
mas lo puede por cierto si tú quieres
—Qué dios se atreve a compararse a este?*

*Sin tí, ningún hogar puede dar hijos,
ni por la prole trabajar los padres
mas lo puede por cierto si tú quieres.
—Cuál dios osa con este compararse?*

*La tierra que carezca de tus ritos,
tropas no podrá dar a sus confines
mas queriéndolo tú, por cierto puede.
—Compararse a este dios hay quién se anime?*

.....
.....
*Aurunculea, cesa ya tu llanto
pues para tí, ningún peligro queda,
el claro día llegada del océano
mujer ninguna, perjeñó más bella.*

*Tal acostumbra en el vergel ameno,
del rico dueño estar la flor jacíntea,
pero ya te retrasas, el día vuela
asoma pues oh desposada nueva!*

*Asoma ya reciente desposada,
si te parece. Escucha nuestras letras,
vé desflecar hachones áureas barbas.
Sál pues tu ya, oh desposada nueva!*

.....
.....

*Jugad como gustéis, mas dad en breve
hijos; nombre tan noble no conviene
que esté sin prole, sino de allí mismo
sea engendrada, a través los siglos.*

*Yo deseo un Torcuato pequeñito
que del regazo de su madre alargue
las tiernas manos, riendo dulcemente
al padre en semiabierto labiecito.*

*Que sea reflejo de su padre Manlio
y fácilmente por todos conocido,
aún, por los ignorantes; y su rostro
del pudor de su madre sea testigo.*

ANTONIO ALONSO DIAZ